



*El baile de
las máscaras*

Fernando Claudín

El baile de las máscaras

Fernando Claudín

Las tres hermanas no cesaban de preguntarse quién sería ese enmascarado apuesto que bailaba tan bien.

Agnes, la mayor, se lo preguntaba con recato; de las tres era con diferencia la más *cabal*, como no se cansaba de repetir su padre, el duque de Lovenport. Aunque era la más hermosa del trío, según los cánones de la época, no presumía de serlo, y su modestia innata le hacía situarse detrás de las otras cuando las hermanas se despachaban a gusto sobre posibles pretendientes.

Juliet, la segunda, se lo preguntaba con ansia, empujada por su carácter vehemente e insaciable. Aunque no era tan bella como Agnes, poseía sin duda mucho más encanto para los hombres. Era locuaz, aguda, chispeante, bailaba como los ángeles, se movía siempre con gracia y le gustaba ser el centro de atención.

En cambio a Beatrice, la menor, la naturaleza no le había concedido ni la guapura de Agnes ni el atractivo arrollador de Juliet, quizá por ser hija

bastarda. Tiempo atrás se había rumoreado que era el fruto de una aventura entre el duque y una simple sirvienta y que Florence, la duquesa, la había aceptado como su propia hija porque la madre falleció en el parto.

Por eso Beatrice se preguntaba por la identidad del desconocido enmascarado con un sentimiento de privación, no creyéndose con derecho a aspirar a su mano, aunque lo cierto era que las tres hermanas, con apenas cinco años de diferencia entre la mayor y la menor, ya estaban en edad de desposarse.

Y hoy era precisamente el día indicado para que las tres escogiesen a un pretendiente entre los muchos jóvenes casamenteros que el duque había invitado al baile de enmascarados que se celebraba anualmente en Old House, la mansión de los Lovenport.

-Todos los hombres son retorcidamente cínicos –dijo Juliet, suspirando, sin que hubiese una razón aparente para justificar ese comentario.

-Yo diría que aquí hay más de uno que podría ser de mi gusto –replicó Agnes, sin apartar la mirada del enmascarado desconocido.

-Pues a mí me parece que sólo tienes ojos para uno, hermanita.

-No sé por qué lo dices.

-Cualquiera diría que te ha embrujado el joven moreno vestido de negro por el que rivalizan todas las féminas, las que están en edad de merecer y las que no también. ¡Hasta con madre y tía Emma ha bailado! Y juraría que

tía Emma se muere de ganas por repetir. ¿Te fijaste cómo le sonreía cuando estaba entre sus fornidos brazos? ¡Y cómo se arrimaba a él! ¡Si hasta apretaba indecorosamente el escote contra su pecho!

-Debe de ser militar.

-Desde luego. Con esa planta imponente no me lo imagino siendo otra cosa, hermanita. Pero recuerda que estamos condenadas a ser unas solteras empedernidas...

-¿Por qué dices eso?

-¿Acaso has olvidado la maldición?

-¿Qué maldición?

-No te hagas la ignorante, hermanita. Sabes tan bien como yo que sobre nosotras tres, las hijas del rico y poderoso duque de Lovenport, pende una maldición que nos condena de por vida a la soltería. Tía Emma, que no se destaca precisamente por su discreción, la ha divulgado a los cuatro vientos para que se conozca en todos los confines del reino.

Agnes pensó que tía Emma, la hermana mayor de su padre, era una harpía con el corazón carbonizado, pero se abstuvo de decirlo; no le gustaba airear las debilidades del prójimo.

-Algo he oído –dijo sinceramente; nunca había dado crédito a esa extraña habladuría.

-¡Venga, no irás a decirme que no te ha quitado el sueño!

-¿Por qué? Yo no soy supersticiosa, Juliet.

-No se trata de superstición, sino de un hecho fehaciente, al parecer.

-¿Lo crees de veras?

-¡Naturalmente! Hay algo turbio en esa historia, que implica a nuestro padre...

Juliet miró de reojo a Beatrice, que estaba algo apartada de ellas, absorta en el baile.

-Bueno, es de conocimiento público que padre va detrás de las faldas cuando tiene ocasión. ¿A qué crees que se deben sus reiterados viajes a Londres?

-Es normal. Tiene que atender sus negocios. La vida rural nunca ha sido de su agrado. Old House acaba por asfixiarlo cuando pasa aquí demasiado tiempo.

-¿Y por qué se niega a que nosotras lo acompañemos?

-Teme que nos estraguemos. No para de decir que el ambiente de la corte no es adecuado para unas jovencitas bien educadas como nosotras. Por eso organiza anualmente este baile que atrae a los principales personajes de Londres.

-Ya, y con eso espera que nos demos con un canto en los dientes. ¡Nos toma por provincianas!

-¿Y acaso no lo somos?

-¡No!

-Harías mejor controlando tus nervios, Juliet. Empiezas a sulfurarte, como tienes por costumbre. Maldiciones, infidelidades de nuestro padre, prohibiciones sospechosas... Me parece que desvarías.

-¡Te equivocas! Sé bien lo que digo. Tu problema es que has vivido siempre en una torre de cristal, querida Agnes. Yo en tu lugar abriría los ojos de una vez por todas para ver lo que hay a tu alrededor.

-¿Y qué hay a mi alrededor, según tú?

-¡Un mundo espurio, eso es lo que hay!

Agnes suspiró, armándose de paciencia.

-No entiendo por qué eres tan cínica y negativa. ¡Siempre lo tergiversas todo!

-¡Ahora resulta que ser realista significa tergiversar la realidad!

Se hizo el silencio. Juliet resoplaba de indignación. Agnes se preguntaba hasta qué punto tenía razón su hermana respecto a esa presunta maldición a la que ella nunca había dado importancia. Lo cierto era que ninguno de los jóvenes casamenteros llegados de Londres y las provincias las sacaba a bailar...

El baile de las máscaras de Old House, toda una institución en el reino, tenía una regla no escrita: las damas debían esperar sentadas a que un caballero las sacase a bailar. Y de las aproximadamente treinta féminas en

busca de marido, ellas, junto a otra decena de desafortunadas, continuaban esperando...

Era significativo que algunos jóvenes sacasen a bailar a mujeres de edad avanzada, incluso a feas y desagradables como tía Emma, antes que a ellas. ¿Por qué? Era como si al acercarse a ellas temiesen contagiarse una enfermedad... O lo que era peor, caer en desprestigio. ¿Era vergonzoso tener por suegro al duque de Lovenport? ¿Qué tenía de reprochable el ducado de Lovenport, de rancio abolengo, tan querido y respetado por los reyes? ¿Quién no soñaba con ser el heredero de Old House y sus vastas tierras, una de las propiedades más ricas y envidiadas del reino?

Qué absurda ocurrencia, se dijo Agnes, pensando en las palabras de su hermana. Pronto las sacarían a bailar y se demostraría la falacia de ese absurdo vaticinio. ¿Cómo ellas, tres jóvenes hermosas y bien educadas, iban a quedarse solteras toda la vida? ¡Qué aberración! No tenía sentido. Juliet había sido muy aprensiva desde niña. Creía en fantasmas, cuentos de hadas, leyendas y espíritus de ultratumba. ¡Era tan histriónica! Nunca había soportado su tendencia a la dramatización. ¡Sus augurios eran tan pesimistas y desalentadores!

Agnes desvió la mirada del joven enmascarado, que ahora bailaba con lady Bedford, y echó una ojeada a las jovencitas que aguardaban ser pedidas. Ninguna de ellas podía considerarse superior a ella o sus hermanas,

descontando quizá a una o dos beldades londinenses y a Vivian, la primogénita del duque de Somerset, laureada como *la belleza de Inglaterra*.

Beatrice era una jovencita de carácter fuerte y decidido, a pesar de mostrarse con frecuencia reservada, introvertida, melancólica. Cuando sacaba a relucir su pasión era un volcán arrollador que no se detenía ante nadie. Y las dificultades le servían de acicate. Su talón de Aquiles era la poca confianza en sí misma que demostraba en ocasiones. Su personalidad era dual: pasaba de la fe ciega y ferviente en sus posibilidades a un desánimo introspectivo del que nadie podía sacarla.

Por otra parte era atractiva. Su físico delgado y bien torneado, su larga melena negra y sus ojos almendrados, grandes, expresivos, de mirada turbadoramente intensa, no eran desdeñables. Beatrice transmitía fuerza y personalidad. No dejaba indiferente. Aunque tenía en su contra ese huraño rechazo con el que desde niña se había negado a recibir las enseñanzas de toda hija de buena cuna. No le gustaban el piano ni cantar y era una pésima bailarina. Beatrice sólo se sentía inclinada por los caballos y la equitación era una actividad propia de los hombres. A los doce años ya era una experta amazona y pasaba más tiempo en las cuadras, con sus caballos, que asistiendo a las clases de danza, canto o piano.

En cuanto a Juliet, ella era una típica beldad rubia inglesa; frívola, alegre y carismática en su vertiente positiva, cuando no se dejaba arrastrar por

el fatalismo cínico del que solía echar mano con frecuencia. Tocaba el piano, bailaba y cantaba tan bien como ella misma y los vestidos de gala le caían de maravilla. Era francamente impresionante, con su cascada de rizos rubios y sus ojazos de color esmeralda. ¡A la fuerza atraía las miradas! Claro que no había tenido la oportunidad de demostrar sus notables dotes. Ciertamente padre se mostraba intransigente con ellas al no permitirles acudir a los salones londinenses. ¡Eran tan escasas las celebraciones en las que ellas podían lucirse! El ducado de Lovenport no se caracterizaba precisamente por celebrar muchas fiestas. *El baile de las máscaras* anual y poco más. Rara vez acudían invitados a Old House para justificar un evento digno de reseñarse.

Y en cuanto a ella misma, bueno, qué decir. Agnes era consciente de su belleza, de sus rasgos correctos y armoniosos y su expresión dulce y bondadosa, que transmitía confianza. Además era educada, comprensiva, maternal, condescendiente con los errores ajenos y poseía una naturaleza equilibrada y juiciosa. Yo soy un término medio entre mis hermanas, se autodefinía. No era una rubia explosiva como Juliet ni una morenaza agresiva como Beatrice, sino que tenía un discreto pelo cobrizo, que no era liso como el de Beatrice ni rizado como el de Juliet, sino levemente ondulado. Y su cuerpo no era tan voluptuoso como el de Juliet ni tan delgado y recio como el de Beatrice, sino justamente un punto intermedio. Tan sólo coincidían las tres hermanas en la estatura, algo superior a lo normal; no en vano su padre era uno

de los aristócratas más altos de Inglaterra y Florence, su madre, también poseía una estatura considerable.

-¿Qué sabemos respecto a padre? –volvió a la carga de pronto Juliet, con su vehemencia peculiar.

-Poca cosa, la verdad –admitió ella, a su pesar.

-Padre es un hombre desconocido para nosotras, hermanita.

-En algunos aspectos sí.

-¡En todos! ¿Cuánto tiempo nos dedica? Poco, muy poco. Nunca hemos recibido de él afecto. Es frío como un témpano. Pasa más tiempo en Londres que aquí, con nosotras, sus hijas. ¡Se diría que le da grima Old House! Y con madre ocurre otro tanto. ¿Acaso has visto a padre besarla alguna vez?

-No. Pero les pasa a muchos. Dicen que los hombres ingleses y en especial los aristócratas no suelen mostrar sus sentimientos.

-La indiferencia de padre con su familia raya lo inadmisibile, ¿no crees? ¿No ves que padre apenas le dirige la palabra a madre? ¡Y la trata de usted! *Lady Florence, si tuviese usted la bondad...* ¡Es el colmo!

-Conmigo a veces ha hablado.

-Sí, claro, tú eres su preferida, la niña de sus ojos, la única *cabal* de la familia. ¡Y las demás estamos locas de remate!

-No es para tanto.

-¿Y se puede saber qué te ha dicho, si no es indiscreción?

-No gran cosa, la verdad. A mí también me trata de usted.

-¡Como a todas!

-Señorita Agnes, no se olvide de hacer sus obligaciones, es su frase preferida.

-¡Qué poco original! A mí ni siquiera eso. Se conforma con fulminarme con la mirada, como si me considerase un bicho raro del que ha de mantenerse alejado para conservar la salud y la cordura.

-Qué exagerada eres, Juliet.

-¡Tú me dirás! ¿Acaso no has visto con tus propios ojos cómo me mira?

Juliet volvió a echar un vistazo receloso a Beatrice, que seguía absorta en el baile.

-Y a Beatriz la mira igual, como si fuera una delincuente peligrosa. ¡No me digas que eres tan pacata que no te has dado cuenta!

Agnes se encogió de hombros, sintiéndose incómoda. Su padre Henry, conocido como el duque de Lovenport, era un hombre enigmático. Pasaba muchas horas encerrado en su biblioteca. Apenas tenía amigos, que ella supiese. Y no se le conocía ninguna afición. No le gustaban los caballos ni la caza y era un pésimo conversador. Ella no le había visto hilvanar más de una decena de palabras en público.

Esa naturaleza pasiva y cerrada tenía su rasgo positivo. Jamás las

había reprendido, no les levantaba la voz ni las castigaba, simplemente estaba ausente. Se conformaba con su corrección en todas las cosas, en la forma de vestir, los gestos, hasta en las miradas, que conservaban una moderación admirable.

Tal vez sí, como decía Juliet, asemejaba un témpano de hielo. O quizá un mueble antiguo, una casa señorial, un árbol centenario. De todo eso tenía padre. Claro que a Florence poco parecía importarle. Agnes nunca había visto discutir a sus padres, ni siquiera levantarse la voz. Ahora que lo pensaba ni siquiera los había visto cruzar la mirada. ¡Cielos, en toda la vida no se habían mirado a los ojos! ¿Cómo podía ser? Y ella sin darle importancia hasta ahora a un hecho tan insólito...

-Somos un accidente en su vida, hermanita. Y nuestra madre también.

-No sé...

-A veces pienso que durante muchos años se nos ha contagiado su forma de ser distante, indiferente, indolente.

-¿Por qué lo dices?

-¿Y encima lo preguntas? Porque así ha sido, Agnes. Con frecuencia hemos estado meses enteros sin hablarnos.

-Sí...

-¿Y eso te parece normal?

-No...

-¡A eso me refiero! Se nos ha pegado su oscuridad durante mucho tiempo.

Ahora fue Agnes quien lanzó una ojeada temerosa a Beatrice.

-Ella ha sido diferente.

-En el pasado, tal vez. ¡Hasta que las sombras la envolvieron también a ella! ¿No ves que cada vez está más callada? Tan mustia y triste.

-He de reconocer que llevaba una semana sin verla.

-¡Porque se pasa el santo día encerrada en las cuadras con sus benditos caballos!

-No es bueno ser tan retraído. No hay que encerrarse en uno mismo.

-¡Habló la voz de la sensatez! Damos por buenas cosas que no lo son en absoluto. ¡Vivimos una mentira!

-Ya estás exagerando otra vez.

-El hecho de habernos criado en este páramo no significa que el páramo sea la normalidad...

-Entiendo a dónde quieres llegar.

-¿Entonces me das la razón?

-Bueno, tú tienes la cabeza calenturienta. Has leído demasiados libros...

-¿Qué otra cosa me queda, por Dios?

-Recuerdo que desde niña te metías a hurtadillas en la biblioteca de

padre y revolvías sus interminables estanterías. Y no parabas de caerte de la silla donde te aupabas para alcanzar las baldas más altas. ¡Tenías la cabeza llena de chichones!

-Cuando padre estaba en Londres me encerraba allí como hace él y pasaba tardes enteras leyendo.

-¿Qué leías?

-Libros de caballerías, de amor, yo qué sé, todo lo que caía en mis manos. ¡Me moría de curiosidad! Veía el mundo de Old House tan gris y desalentador que necesitaba escapar a través de las historias literarias e históricas. ¡Hasta tratados de filosofía he leído!

-Por eso puedes mantener una conversación acerca de cualquier tema. Y puedes echar mano de tantas expresiones agudas y brillantes.

-Me sonrojan tus elogios, hermanita.

-Pero es peligroso confundir el mundo de los libros con la realidad.

-¡Al revés! Es precisamente el mundo de los libros el que me ha enseñado a ver la realidad. Tú y Beatrice, en cambio, no os habéis molestado en cuestionar el proceder de padre, madre o tía Emma.

Agnes sacudió la cabeza, pensativa.

-Quizá tengas razón.

-Vosotras no habéis tenido elementos de comparación porque siempre habéis visto lo mismo. La atmósfera de Old House ha atrapado vuestros

sueños, los ha limitado, constriñéndolos a su mezquina realidad.

-Bueno, yo no he dejado de soñar, a pesar de la frialdad indiferente de padre y la naturaleza enfermiza de madre que la tiene encamada la mayor parte del tiempo.

-¿Y se puede saber qué sueñas tú, hermanita?

-Yo sueño con un marido.

-¿Qué clase de marido?

-Un marido noble que me quiera y me respete, para que ambos fundemos una familia.

-¡Loable empeño!

-Me gustaría tener hijos, muchos.

-Pero supongo que para criarlos con más alegría, ¿no?

Agnes esbozó una mueca tímida y *conspirativa*.

-Claro, y me gustaría tener muchos perros.

Juliet se rió con su risa desenfadada y un tanto histérica.

-¡En Old House nunca ha habido perros!

-A padre le dan alergia.

-¡A padre le dan alergia tantas cosas! ¡Vive la vida enfundado en sus guantes puritanos y escrupulosos!

Agnes sonrió con complicidad.

-Es verdad –convino, y los ojos le brillaron.

-Vaya, al final conseguiré que no seas tan cabal como cree padre, hermanita.

-Tienes unas ideas revolucionarias.

-¡Gracias a los libros!

-Juliet, la mujer ilustrada...

-Puedes burlarte lo que quieras.

-¿Y tú sueñas?

-¡Pues claro! Yo sueño con casarme con un hombre tan podrido de dinero como padre.

-¿Para vivir como madre?

-No, para gastar su dinero en la clase de vida que me gusta.

-¿Qué clase de vida?

-Viajar, disfrutar del arte. Quiero conocer otras culturas. Quiero alternar con intelectuales y artistas. Quiero viajar a todos los continentes. Quiero conocer la naturaleza salvaje de todos los rincones del mundo. Y quiero enamorarme mil veces para luego desenamorarme y volver a enamorarme.

-¿Estás loca?

-No, hermanita, yo creo que estoy demasiado cuerda.

-¿Qué hombre va a permitirte hacer todo eso?

-¡Anda, boba, pues muchos! Piensa que el matrimonio es un contrato

mercantil. Se trata de aclarar bien las cláusulas antes de firmarlo. Por una mujer como yo, con mi belleza, alcurnia y brillantez, muchos hombres darían el oro y el moro y serían capaces de renunciar al amor y al voto de fidelidad que se le supone al matrimonio.

-Lo que digo, eres una mujer revolucionaria, Juliet.

-Lo sé.

-Estoy segura de que conseguirás tu sueño.

-Eso si me lo permite la maldición...

-¿Otra vez con lo mismo?

-Tú también deberías preocuparte, Agnes.

-¿En qué consiste exactamente esa maldición?

Juliet suspiró profundamente y por su semblante atravesó un gesto de sincero temor.

-Sólo sé que implica a padre y a tía Emma. Y también a madre, de algún modo. Y a la tristeza y el aislamiento de Old House. Y al extraño comportamiento de nuestro padre. Y a sus continuas escapadas a Londres. Y al hecho de que seamos las tres tan diferentes. Y a la enfermedad crónica de madre que la tiene encamada la mayor parte del tiempo, sin fuerzas ni ganas, sin voluntad, con ese aire apagado y mustio que ha tenido siempre.

-Antes, cuando éramos pequeñas, se pasaba el día cuidando sus rosales.

-Era su único pasatiempo. Pero eso se terminó hace años. Y los rosales se murieron. Ahora sólo crecen flores silvestres. Su precioso jardín está abandonado.

-Me pregunto qué le sucedió a madre.

-Muy sencillo. Las continuas infidelidades de padre mataron su corazón.

-¡Qué dices!

Juliet tuvo la tentación de mencionar la pila de cartas que el impasible Henry guardaba en un cajón de su escritorio cerrado con llave. Ella había encontrado el escondite de la llave hacía tres años, durante sus pesquisas en la biblioteca paterna, empujada por su necesidad de conocer a ese hombre extraño que era su padre. Eran cartas de amor, enviadas desde Londres, con diferentes caligrafías y diferentes firmas: Maude, Victoria, Geneve, Charlotte, Josephine, Margaret... Una extensa lista de pasiones enterradas en la memoria de ese hombre oscuro, impenetrable, turbadoramente enigmático, su padre, el duque de Lovenport, íntimo de los reyes de Inglaterra, uno de los aristócratas más ricos y poderosos del planeta, que les estaba arruinando la vida calladamente, por omisión, y que quizá ocultaba un secreto terrible...

Sor Adella vivía en un mar de dudas. Su estancia en el convento, al principio gratificante y consoladora, que había significado un lenitivo para su atribulado espíritu, comenzaba a hacérsele cuesta arriba. El enclaustramiento y la soledad le dolían. Le dolía la ausencia de expectativas, la austeridad de aquellos muros, de esa vida de recogimiento y contemplación, las parcas relaciones con las otras monjas. Y le dolían sus dudas sobre una vocación que no cesaba de cuestionarse.

Ella era una mujer joven y hermosa. No se merecía esa clase de vida. El amor llamaba a su puerta. Ya no podía seguir manteniendo el voto de castidad. No deseaba mantenerlo. Más bien ansiaba infringirlo. ¡Ansiaba entregarse a sus brazos, abrasarse en el fuego de la pasión!

El joven sacerdote que le había robado el corazón se llamaba Harold. Era tan joven como ella. Y rabiosamente atractivo, con su aire romántico, sus profundos ojos azules, su cabello rubio, ensortijado, rebelde, que se resistía a ser peinado, y con ese arrebatador aire romántico que lo acompañaba allá

adonde fuese, hiciera lo que hiciese.

¡Cuántas veces se habían cruzado sus miradas cuando él acudía al convento de clausura para tomar en confesión a todas las monjas y celebrar misa, cada domingo. Ella esperaba ansiosa su llegada, esperaba ansiosa el encuentro, derritiéndose por dentro, soñando con sus miradas llenas de mensajes ocultos, ansiando tocarlo accidentalmente, escuchar el sonido aflautado de su voz, ver sus ojos y su pelo y su aire romántico y soñador encaramado en el púlpito, cuando soltaba esos inspirados sermones, tan literarios, con su voz cadenciosa, cálida, acariciadora.

Estaba loca por él desde la primera vez que lo vio. Se había enamorado a primera vista desde que hacía un año Harold substituyó al viejo sacerdote Jasper, que había enfermado gravemente y falleció a los pocos días. ¡Qué diferencia entre Jasper y Harold! Eran la noche y el día, la luz y la oscuridad. Jasper le daba repelús. Era sombrío y obsceno a partes iguales. Un viejo verde que hacía de su capa un sayo.

El primer domingo que sor Adella vio aparecer en el púlpito a Harold no se lo podía creer. ¿Cómo un joven como él podía ser sacerdote? Harold era inspiración pura. Parecía tocado por una varita mágica. Cada una de sus palabras estaba cargada de significado. Cada una de sus miradas, de sus suspiros y sus muecas. El solo brillo de su mirada tenía más valor que la vida entera de ese oscuro y obsceno Jasper que había impuesto su imperio

licencioso en el convento durante el año que son Adella había pasado allí, soportando sus insoportables insinuaciones en el confesionario y sus continuos toqueteos.

Gracias a Dios al final Jasper había recibido su justo castigo. Y su oscuridad tenebrosa fue sustituida por la luz deslumbrante de Harold. Claro que Harold representaba un huracán que le hacía cuestionárselo todo, con su belleza facial de rasgos casi femeninos y su aureola de caballero medieval, con esa estatura imponente y ese cuerpo fuerte y musculoso, todo ello poco en consonancia con la apariencia presumible de un sacerdote.

La aparición de Harold significaba un punto y aparte en su vida, en su corazón, en su propia naturaleza, era un revulsivo ante el que no podía mantenerse indiferente, ni mucho menos. Al comienzo procuraba disimular la pasión que le inspiraba, procuraba negarla, procesarla, reinterpretarla, engañándose de mil maneras. Pero la pasión afloraba en los sueños y en la vida cotidiana. Harold estaba allí, presente, cada hora, en cada suspiro, en cada pensamiento, en cada ensoñación. Y era real, palpable, carne y hueso, cada domingo, con motivo de la confesión y a la hora de la misa.

Primero venía el encuentro en el confesionario. Allí sor Adella olía su perfume, un perfume netamente masculino, con efluvios de madera y sándalo. Y escuchaba los crujidos de su sotana. Y oía su respiración, a veces alterada, como si también a él le turbase su presencia, su compañía, su voz. Como si

también él hubiese aguardado durante toda la semana ese encuentro.

Entonces Harold comenzaba a hablar con su voz pausada, grave, profunda, que a ella la arrastraba a un paisaje de ensueño, compartido por ambos. Y ella veía a través de la celosía fragmentos de sus manos tan blancas, de dedos largos, finos, delicados, que se imaginaba desplazándose por las teclas de un piano, y se imaginaba posándose sobre ella, acariciando sus brazos y el resto de su cuerpo...

Harold le hacía sentirse niña, adolescente y mujer, le llenaba la cabeza de fantasías locas, de situaciones inverosímiles que la reinventaban, transformándola por arte de magia en una persona diferente. Y ahora, evidentemente, no quería seguir siendo monja. ¡Renunciaría a su vocación religiosa y a cualquier otra cosa con tal de ganarlo a él y pasar a su lado el resto de su vida.

Porque nada salvo Harold tenía sentido. Harold daba significado a presente, pasado y futuro.

-Estás loca, hija.

-Lo sé.

Constance era su confidente. A ella podía contárselo todo. Desde que entró en el convento era la única monja que le despertó simpatías. En seguida se ganó su confianza. Su corazón no albergaba el menor resentimiento. Era refractaria a la envidia. En cambio las otras le mostraron rechazo, algunas

incluso frontal, desde el primer día. ¿Qué culpa tenía ella de ser bella y distinguida?

Porque sor Adella era sin duda la monja más hermosa del convento, con diferencia.

La abadía de Bolton resplandece gracias a ti, solía decir Constance, añadiendo que antes de su llegada ella llevaba siete años asfixiándose entre aquellos vetustos muros debido al ambiente hostil que allí se respiraba. La mitad de las monjas, las de buen corazón, se habían replegado en su caparazón de tortuga para no verse afectadas por las inquinas de la otra mitad, las monjas que malmetían a sus compañeras, las envidiosas e intrigantes.

Constance, aunque tan sólo contaba tres años más que ella, tenía una personalidad más madura y consolidada, con las ideas claras y una visión de futuro que a sor Adella le servía de estímulo para dejarse guiar por sus consejos. Constance era pura sensibilidad y emoción, con frecuencia rompía a llorar y era receptiva a cualquier estado de emoción, adelantándose a los cambios anímicos que se producían en el ánimo de su amiga, aunque ésta se resistiese en un primer momento a abrirle el corazón.

Constance procedía del pueblo llano y apenas había cursado estudios, pero poseía la presciencia del sentido común, la serenidad de un espíritu benévolo, el calado de una intuición natural y también la experiencia de la calle, por haber padecido una infancia y una adolescencia cargadas de

penurias y sinsabores.

Siendo muy pequeña había perdido a sus padres fruto de una pandemia que asoló su población y quedó al cuidado de un pariente lejano que poco hizo por atenderla y la explotó cuanto pudo en su granja agrícola. Unos años después su espíritu rebelde e inconformista le hizo huir de aquella vida de esclavitud, siendo adolescente, para buscar suerte en Londres, la vasta metrópoli del reino, tierra de oportunidades y también nido de peligros, donde se arracimaban gentes de toda clase y condición.

Allí Constance pasó un tiempo mendigando por las calles hasta que cayó en manos de otro explotador, un rufián de la más baja estofa que se lucraba sacando provecho a un grupo de niños harapientos a quienes aleccionaba convenientemente para hurtar en los puestos callejeros y a los transeúntes adinerados a quienes despistaban entre ambos.

Cuando nuevamente logró escapar a su aciago destino Constance, que ya contaba dieciséis años, volvió a buscarse el sustento en las calles, en las afueras de la ciudad, para no ser descubierto por su antiguo patrón. Tras unas jornadas de penuria en las que dormía al raso y subsistía gracias a las limosnas, fue embaucada por una madame que regentaba uno de los principales burdeles de la ciudad.

A pesar de su juventud y su rostro agraciado, Constance no podía trabajar como prostituta. Su cuerpo rectilíneo, de caderas estrechas y pecho

plano, no resultaba apetecible para los clientes, de modo que la miserable madame empleaba a Constance como Cenicienta, lavando y planchando la ropa de las prostitutas, que vivían en la casa de citas, preparándoles la comida y limpiando sus habitaciones. No tenía descanso desde que se levantaba hasta que se acostaba y apenas dormía cinco o seis horas. Sin cobrar el menor céntimo por su trabajo...

Ese ritmo exigente y agotador provocó que cayese enferma con la llegada de su segundo invierno en el infame burdel. Luego, una vez restablecida, tras guardar cama durante dos semanas, la madame comprendió que su estado de debilidad no le permitiría continuar desempeñando satisfactoriamente los servicios que le prestaba y no vaciló en ponerla de patitas en la calle, para gran alivio de Constance, que dio gracias al cielo por verse de nuevo liberada de esa cadena de esclavitud y penurias que parecía el sino de su existencia.

Nuevamente vomitada a las calles londinense, anduvo errabunda de un sitio para otro, sufriendo los rigores invernales, resguardándose en pajares, soportales, zaguanes o estercoleros, teniendo por cama pilas de cartones, balas de heno o bolsas de basura.

Hasta quedar nuevamente enfebrecida y extenuada, tendida sin esperanza en una zanja, donde la encontró otra madame, esta vez la dueña de un telar, que vio en ella una mano de obra barata a la que podría sacar buen

partido, si lograba restablecerla. Y no se equivocó. Una semana de cuidados y alimentos bastaron para situar a Constance entre las trabajadoras del telar para emplearse allí durante catorce horas diarias. A cambio de techo y comida. Y no una comida espléndida; lo normal era recogerse en el camastro sintiendo la extenuación del trabajo ininterrumpido y el hambre rugiendo en el estómago que acto seguido apagaba el sueño con su interruptor infalible que todos los males solucionaba de un plumazo.

Fueron cinco interminables años de explotación que acabaron con sus escasas alegrías de vivir y su espíritu rebelde e independiente, aunque poco a poco fueron mejorando algo sus condiciones laborales, obteniendo un pequeño jornal que aumentaba una pizca cada año transcurrido.

Constance y las demás empleadas del telar dormían hacinadas entre las máquinas, tumbadas sobre esterillas que debían enrollar al levantarse, y compartían un rudimentario aseo que las obligaba a renunciar a cualquier vestigio de pudor, pues era habitual que unas y otras se desnudasen en público e incluso se ayudasen entre sí en su higiene personal, dado que hasta los útiles de aseo debían compartir, por lo cual llegaba un momento en que desaparecían sus reservas iniciales, empujadas por la necesidad.

Una vez finalizado ese lustro, Constance, habiendo ahorrado lo suficiente para emprender una nueva vida, decidió satisfacer su necesidad de paz y recogimiento, para descansar de la dura vida que había llevado hasta

entonces, y se costeó el viaje hasta la abadía de Bolton, de la que le había hablado una compañera del telar porque su hermana estuvo allí como monja de clausura.

Rowena, la abadesa, esa vieja pasa, seca, dura, bronca y parca de palabras, había accedido a acogerla entre sus pupilas a cambio del dinero que Constance había ahorrado durante sus años de trabajo en el telar. A ella poco le importaba cualquier sacrificio con tal de refugiarse en ese remanso de paz. Y a la mezquina Rowena le daba igual que la vocación de la nueva novicia fuese cuando menos dudosa. Durante la entrevista inicial, Constance, fiel a su carácter franco, no se molestó en fingir una devoción que nunca sintió. Aunque creía sinceramente en la existencia de Dios y era por naturaleza piadosa, no se veía como monja de clausura el resto de su vida. Más bien tomaba aquella estancia en la abadía como un lapso de reposo que le ayudase a recomponerse física y espiritualmente de todas las privaciones padecidas.

Y lo que en un principio previó como una estancia de uno o dos años se convirtió en otro lustro en que se vio envuelta en una espiral de mórbido abandono, renunciando a cualquier expectativa. Allí no había felicidad pero tampoco dolor. Y esa ausencia de dolor, hasta entonces desconocida, podía tomarse como felicidad. Era un estado casi de beatitud, de paz y serenidad. Podía disfrutar de la oración y la contemplación, de la naturaleza y las tareas cotidianas que se celebraban en el convento de la abadía, tareas de costura,

artesanía, confección, horticultura y jardinería, en un clima de relativa quietud, descontando las continuas intrigas de sus compañeras, que para ella eran un juego de niños, comparadas con las dificultades que había tenido que afrontar hasta entonces.

Pero esa ausencia de dolor comenzó a pesarle. El viejo Jasper con sus acercamientos procaces, las insistentes reprimendas de la harpía Rowena y las irritantes majaderías de sus compañeras, junto a la sensación de vacuidad, de vacío existencia, de falta de metas y de penuria sentimental, conformaban un cóctel intolerable en el que ella se sentía progresivamente ahogada.

Hasta que apareció, como una estrella radiante, como un sol rojo y pletórico y un campo de trigo tostado por el sol, Adella... Que acto seguido se convirtió en su luz y su alegría, su esperanza de salvación, su aliento y también un sueño de futuro, de realización personal, porque la amistad que le brindaba, su compenetración de espíritu, la afinidad de sus almas, auguraba posibilidades fantásticas, a las que ella se entregaba cada noche, en la intimidad de su celda, sustituyendo las preceptivas plegarias nocturnas previas a la acostada por ensoñaciones que no necesariamente coincidían con las severas normas y prescripciones que imperaban en toda orden religiosa y en especial en aquel convento.

-¡Qué loca estás! –repitió Constance.

-Lo sé.

-¡Y qué bella eres también!

Adella miró a su amiga con inquietud.

-¿Tú crees?

-¡Pues claro! Eres un sol radiante, una flor, un prado verde y despejado.

-Conseguirás ruborizarme. Nunca me habían dicho tantas cosas bonitas.

-Todas ellas ciertas. No tienes por qué avergonzarte de ti misma. ¡Estás llena de bondad, Adella! Eres incapaz de albergar malos sentimientos.

-¿Haberme enamorado de Harold como una loca y una tonta descerebrada no te parece un mal sentimiento, siendo como soy una monja de clausura y él un sacerdote que viene a nuestra abadía para recibirnos en confesión, decir misa y administrarnos la santa eucaristía?

-Al contrario. Tu amor me parece un sentimiento auténtico, noble, puro, precisamente porque desafía las convenciones. Es como una flor luminosa que brota en un erial, en estos tiempos de crueldad, miseria, desamor y mezquindad. ¡El mundo es tan ruin! ¡Se merece que de vez en cuando surja una luz como tú, con ese aliento de amor que ha germinado en tu pecho, atentando contra todas las normas!

-Qué bien hablas, Constance. Es inverosímil que lo hagas, puesto que apenas sabes leer y escribir.

-Te equivocas, eso era antes. En la abadía encontré la paz de espíritu que necesitaba para entregarme a la lectura y remendé mis escasos conocimientos para conseguir entender textos largos e incluso libros enteros. En ocasiones tomo prestado un libro de la biblioteca. He leído ya tres. Aunque no conozco muchas palabras logro entenderlas por el contexto.

-Eres admirable, Constance. Tu humilde perseverancia me sirve de ejemplo.

-¡Bobadas!

-¿Crees que tengo alguna posibilidad?

-¡Naturalmente que sí! Harold te corresponde. Lo he visto.

-¿Se puede saber qué has visto?

-La forma en que te mira durante la misa.

-Siempre me siento en la primera fila para estar más cerca de él.

-Y él disfruta de tu cercanía.

-¡Lo dices para halagarme!

-No, querida. El lenguaje de los ojos nunca engaña. Y sus miradas son muy explícitas. Le has roto el corazón y él duda tanto como tú de su vocación religiosa.

-Dios te oiga.

-Claro que me oye y te oye a ti y oye a Harold. ¡Vuestro amor le resulta ensordecedor! ¡Sus latidos le hacen estremecerse de emoción y seguro que

intercede a favor vuestro!

Adella suspiró, persignándose.

-¡Ay, Constance, si supieras!

-¿El qué?

-¡Cuánto me desvelo por su causa! Apenas puedo dormir el sábado, la víspera de su llegada. Me recorren mariposas de ilusión por el cuerpo. Unas veces la sangre me hierve en las venas, pensando en él, y otras se me hiela, pensando que nada bueno puede salir de todo esto.

-No te mortifiques. Harías mejor confiando en ti, en él y en el sentimiento que os une por la gracia de Dios. Porque el amor es en verdad lo único que abre todas las puertas...

Las palabras de Constance quedaron flotando en la atmósfera de aquella primavera incipiente, entre el trino de los pájaros y la cálida radiación del sol, sobre aquella tierra húmeda de rocío, espejándose en los macizos de flores que brotaban con renovado vigor, embalsamando el ambiente. Las amigas paseaban por los senderos que atravesaban el amplio terreno de la abadía, entre huertos, jardines, el invernadero donde la abadesa hacía sus experimentos de botánica, el pabellón destinado a las celebraciones al aire libre, especialmente las ofrendas florales, el cementerio donde yacían las hermanas de generaciones pasadas, con sus adustos cipreses de sombra alargada que se abrazaba con la muerte, los campos de cereales y el recinto

con los corrales donde se criaban gallinas, conejos, palomas, cerdos y ovejas.

La abadía de Bolton era una ciudad en miniatura, autosuficiente, envidia de propios y extraños, en la que se perdían las novicias recién ingresadas, apabulladas por su grandiosidad.

El día comenzaba a declinar. Pronto tendrían que recogerse en el oratorio para rezar vísperas. Luego irían al refectorio para despachar la frugal cena y a continuación cada una se recogería en su correspondiente celda conventual, sobria y práctica, compuesta por un catre, una mesa y una silla de cedro, un espartano vestidor y un ventanuco que daba a los huertos.

Adella se sacudió el hábito, sintiéndose de pronto molesta.

-Nunca acabaré de acostumbrarme a este tosco paño. ¡Pica!

-Pica y rasca –replicó Constance, riéndose-. Somos monjas, hija, qué quieres. Si fuésemos cortesanas otro gallo nos cantarían.

Adella adoptó una expresión solemne. Cortesanas. Aquella expresión la devolvía a un ámbito de su existencia enterrado en el olvido, un pasado ahora remoto, turbador, que prefería no entresacar de las tinieblas. Había transcurrido una eternidad desde aquella época. Desde los vestidos elegantes y las telas caras y delicadas y los gustos costosos y la vida muelle y sin preocupaciones. Qué cambio radical. Inexplicable. O quizá no tanto. En cualquier caso le estaba bien merecido. Por inconstante y estúpida. Había mordido el anzuelo. Se había comportado de una forma vergonzosa,

imperdonable. Y ahora pagaba justamente por sus pecados. Era una mujer perdida. Había entregado su virtud en vano, espuriamente, traicionándose a sí misma, abjurando de sus principios. ¡Qué cándida y zopenca había sido! Cada vez que lo recordaba le ardía la cara de vergüenza.

Fue indigna de su glorioso destino. Dilapidó su suerte. Sus devaneos con el Diablo le habían costado muy caro.

-¿Por qué te has puesto tan seria de repente, querida?

-Por nada.

-No me gusta verte así. Tu tristeza se me traspasa y me duele en el alma.

-Gracias.

-No te mereces esos reproches sangrantes...

-¿Qué reproches?

-Los que no paras de hacerte desde que te conozco, aunque antes más.

Al principio te atormentaban noche y día. Cuando llegaste aquí eras esclava de esos reconcomios. Qué desoladores eran, no dejaban un resquicio a la esperanza, como si te creyeses por entero perdida y arruinada.

-No creía que se me notase tanto.

-¡Cielos, se te notaba a la legua! Me dolía tanto verte así, doblaba sobre ti mismo. Apenas podías respirar, jamás levantabas la mirada para contemplar el cielo y las estrellas, ni siquiera te atrevías a mirarme a la cara

al hablarme, tu voz era entrecortada y tus palabras ininteligibles.

-Me sentía muy mal. Creía haber muerto.

-¿Por qué?

-No me gusta hablar de aquello...

-Lo sé. Pero has de hacerlo algún día.

-Tal vez. Aún no tengo fuerzas.

-Llegará el momento.

Constance le agarró la mano. Les quedaba poco tiempo para estar juntas. ¡La colmaba de felicidad sentir el contacto cálido y vibrante de su mano, aquella íntima cercanía, mientras paseaban tranquilamente y escuchaba el sonido aflautado y musical de su voz. ¿Qué sería de ella sin la compañía de Adella, sin su amistad, sin sus confianzas y su cómplice compenetración personal, que se ponía de manifiesto en tantos detalles?

-Está oscureciendo. Deberíamos regresar.

-Lo sé.

-Ahora eres tú quien te has puesto triste, Constance.

-Quizá, un poco.

-¿Por qué?

Constance se encogió de hombros.

-Ahora para mí sólo tienes significado tú. Creo que si no estuvieses aquí me habría marchado hace tiempo. Antes incluso que muriese Jasper. A los

cinco años de estancia entre estos vetustos muros comprendí que debía buscar mi destino en otra parte.

-¿Qué buscas tú?

Se sostuvieron la mirada, deteniéndose frente a un florido cenador que embalsamaba la atmósfera de incipientes fragancias primaverales, cerca de los almendros y los ciruelos que ya habían comenzado a revestirse con sus galas de terso blanco impoluto y suave cárdeno crepuscular.

-Amor, igual que tú...

Siguieron mirándose durante un rato. Las campanas habían comenzado a repicar. Se oían las voces de la gordinflona sor Rufina llamando con voz imperiosa a las rezagadas para que acudiesen a la oración. Allí todo funcionaba como un reloj de precisión. Cada rezo y actividad estaba perfecta y pulcramente reglado. Sor Rowena y son Rufina ejercían de heraldos de la puntualidad y la corrección. La anciana pasa seca y la institutriz zampona cargada de grasa metida a factótum de la abadía. El punto y la raya de la letra i, la abadesa diminuta y vivaracha a pesar de su avanzada edad, y la factótum treintañera de ademanes arrabaleros y voz tonante que imponía con vulgar procacidad el imperio de su ley y su orden, a veces arbitrarios, cuando se le cruzaban los cables y le daba por enemistarse sin justificación con cualquiera de las mujeres allí enclaustradas para servir a dios por devoción, necesidad o aburrimiento.

-¿De modo que no lo has encontrado?

-¡Claro que sí! Pero no me corresponde...

-¿Crees que Beatrice también tiene sueños? –preguntó Agnes, mirando de reojo a su hermana pequeña, que estaba enfrascada en el baile, principalmente en los galantes movimientos del enmascarado misterioso, quien estaba danzando por tercera vez con Vivian, *la perla de Inglaterra*, como la llamaban en los salones londinenses, esa beldad pelirroja de figura despampanante y formas pletóricas: todo su cuerpo era voluptuoso, más aún que el de Juliet: los pechos, las caderas, el trasero, los muslos. Con frecuencia lo mostraba procazmente, con atavíos vaporosos y transparentes que mostraban sin tapujos la rotundidad de sus formas.

Y qué decir de esa deslumbrante melena rojiza y brillante, una cascada de cabello denso y ondulado que le caía por la espalda, los hombros y los pulposos senos que asomaban invariablemente por sus escotes escandalosos. Además Vivian era aún más alta que ella y sus rasgados y maliciosos ojos de color canela, de mirada maliciosa, felina, provocativa, acompañada de muecas insinuantes, hacían perder la cabeza al caballero más insensible a los

encantos femeninos.

-¡Pues claro que sí! Igual que nosotras.

-Buenos nuestros sueños difieren notablemente, Juliet. Yo me conformo con un matrimonio estable y tú anhelas una vida aventurera.

-Así ha de ser, ¿no crees? Siendo como somos tan diferentes las tres...

Agnes pensó que Beatrice había sido siempre la más retraída de las tres. A veces le inspiraba temor y recelo, como al parecer le ocurría a Juliet respecto a padre. ¡Era tan intensa! Era como si estuviese cargada de violencia contenida, como un volcán a punto de estallar. Se podía esperar cualquier cosa de ella, era imprevisible. De niña sufría accesos de pánico, se ponía a gritar y patear y mordía y pegaba a sus cuidadoras.

-Supongo que Beatrice sueña con el amor, como cualquier jovencita de su edad.

-No lo dudes. Aunque no lo parezca no desea otra cosa.

-Me pregunto a qué clase de amor aspira.

-A uno diferente al nuestro, tenlo por seguro. A ella no le motiva el matrimonio tradicional que quieres tú ni las aventuras pasajeras que tendré yo.

-¿Entonces?

Juliet hizo un gesto elocuente de escepticismo.

-La pequeña Beatrice sueña con el amor con mayúsculas.

-¿Cómo lo sabes?

-¿No lo ves en sus ojos, en la expresión arrebatada de su rostro? Fíjate con qué atención reconcentrada observa a ese enmascarado alto, apuesto, moreno, todo vestido de negro, que parece salido de un cuento de hadas, como si le fuera en ello la vida. ¡El apuesto enmascarado le succiona el alma! ¡Le ha robado el corazón!

-A mí también.

-¿De veras? Oh, no seas absurda, hermanita. Me temo que no es la clase de hombre que estás buscando.

-¿Entonces te encaja mejor a ti?

-¡Por supuesto! ¿No ves su planta enérgica, de hombre de acción? Dudo que se conforme con la vida muelle y apacible que tú le ofrecerías.

-Y en cambio se muere de ganas por vivir contigo una pasión arrebatadora...

-¡Exacto!

Juliet rió estruendosamente.

-Me pregunto cómo sería hacerle el amor. O mejor dicho que él te haga el amor. Fíjate qué manos fuertes tiene, y qué brazos y qué piernas. Lleva un traje tan ceñido y entallado que se le marcan todos los músculos.

-¡Todos! –convino Agnes, suspirando, y sonrió aprobadoramente.

-Me imagino las facciones de su rostro. Probablemente denotan carácter y sensualidad. Labios carnosos, con las comisuras bien perfiladas.

Ojos de halcón, mentón firme, con las quijadas marcadas, frente amplia, pómulos ligeramente prominentes.

-¡Qué imaginación tienes! La máscara sólo deja ver el pelo. Negro. Y con coleta.

-Sí, lo tiene muy largo y liso, como el de Beatrice. Quizá sea un pirata llegado de los mares del Sur. ¿Dónde habrá aprendido a bailar tan bien? ¡Diantre, sus giros son tan sensuales y explícitos que estoy súper excitada, hermanita!

-¡Oh, cállate, por favor!

-¡Quiero que me desvirgue!

-¡Juliet! Si nos oye padre nos expulsará a las tres del salón y nunca más podremos participar en este evento.

-Así es. *El baile de las máscaras* de Old House quedaría terminantemente prohibido para sus jóvenes y virginales moradoras. Eso dando por hecho que todas lo seamos...

-¿Vírgenes?

-Ajá.

-¿Se puede saber qué tienes hoy? ¿Cómo puedes dudarlo?

-Yo sólo sé de mi propia virginidad, hermanita.

-¡Pues te garantizo que la mía está igual de intacta!

-¿Y la de Beatrice?

Las dos miraron a su hermana pequeña, dudando.

-Juraría que la suya también.

-Pues yo no pongo la mano en el fuego por ella. ¡Es tan imprevisible!

Agnes se sintió alterada por los descarados giros del enmascarado misterioso y Vivian. Se los veía muy bien compenetrados, en todos los sentidos. No paraban de reírse y susurrarse palabras al oído. Hacían una pareja estupenda, perfecta, justo era reconocerlo. Él tan mocetón y gallardo, tan viril y masculino, tan aguerrido. Y ella, qué decir respecto a Vivian si ya estaba todo dicho. A las gentes londinenses de alto copete se les llenaba la boca al hablar de la primogénita del duque de Somerset, que además de ser tan insultantemente atractiva heredaría una de las mayores fortunas del reino.

-¿Has reparado en el aspecto regio de padre, hermanita? ¡Entronado en su magnífico sitial, al margen del mundanal ruido, más allá del bien y del mal, como de costumbre! Cualquiera diría que es el mismo rey de Inglaterra, ¿no es verdad?

-Él nunca baila.

-Ah, claro, el majestuoso Henry no desciende de sus alturas para mezclarse con el resto de los mortales. ¿Qué métodos utilizará en sus conquistas?

-No insistas, Juliet. Tus insinuaciones son ofensivas. Padre no tiene conquistas.

-¡Claro que las tiene! Y en tal cantidad que no pueden contarse con los dedos de las manos. ¡Ay si los escenarios londinenses por los que discurren sus devaneos pudiesen hablar!

-No te permito que sigas hablando de nuestro padre en esos términos.

-Lo sé, querida. La verdad te duele a ti más que a ninguna. ¡Eres tan cándida y modosita, tan bien pensada! Estás llena de urbanidad y pensamientos piadosos.

-¡Dios, en ocasiones eres insoportable!

-No más que la vida mezquina que llevamos entre estos vetustos muros cargados de soledad y dolor oculto...

-Basta, Juliet.

Agnes desplegó el abanico y se abanicó con intensidad para sofocar su repentino acceso de nervios. Su hermana conseguía sacarla de quicio. ¿Por qué era tan derrotista y malpensada? ¡Era tan fácil disfrutar de las cosas sencillas de la vida y conformarse con lo que se tenía al alcance de la mano! A ella no le disgustaba su rutina diaria. A todo le sacaba partido. Las clases de canto, de baile y de piano, los paseos por el bosque, sus bordados, en los que podía entretenerse toda la tarde, las conversaciones con el ama de llaves, las visitas ocasionales de algún pariente, los traslados en calesa a las poblaciones de los alrededores y las actividades del club social, donde a veces aparecía algún personaje interesante trayendo noticias de Londres y las publicaciones

que daban cuenta de los ecos de sociedad.

Una simple puesta de sol teñida de tonos ocres recortándose en el relieve de las colinas y proyectándose en el río y la arboleda que circundaba el valle, o un amanecer cargado con los aromas de la naturaleza al despertar despejando las sombras nocturnas, en medio de la neblina, le resultaban tan inspiradores que ella no dudaba en salir al exterior con el caballete y su equipo de pintura, aun exponiéndose a las inclemencias meteorológicas, para plasmar sobre el lienzo aquellos momentos irrepetibles e inmortalizarlos en la memoria pictórica.

Con eso ella era feliz, se daba por satisfecha. Bueno, no exactamente. Echaba en falta la compañía masculina, la presencia de un joven guapo que le motivase lo suficiente. Extrañaba el amor, debía reconocerlo. Claro que allí era imposible conseguirlo, Julieta tenía razón. Los gañanes de las aldeas y los petimetres del club social eran irrelevantes, poco más que invisibles. Ante ellos el corazón no experimentaba el menor alborozo.

En cierto sentido las tres estaban prisioneras en Old House por la prohibición paterna que les impedía acudir a Londres para asistir a la temporada de bailes y darse a conocer en sociedad. ¿Por qué se empecinaba padre en su negativa? ¿Qué temía?

Agnes reparó en su madre. La pobre Florence. Enfermiza y desvaída. Como un dibujo infantil descolorido. Estaba arrebujaada en sus ropas

excesivas. ¡Era tan friolera! Se la veía encogida, replegada en sí misma, asistiendo a la celebración en el más apartado rincón, pálida, levemente temblorosa, sin hablar con nadie, absorta en sus absorbentes meditaciones.

¿Estaría a punto de perder el juicio? Daba la impresión de que ese fatal desenlace podía producirse en cualquier momento. La fantasmal Florence cada vez estaba más ajada y mustia, apenas probaba bocado, apenas abría la boca para proferir monosílabos o vocablos inconexos, y con frecuencia se entregaba a disparatados murmullos proferidos en susurros, como si conversase con un interlocutor invisible o consigo misma. Aquellos soliloquios cada vez raptaban más su ánimo, separándola del mundo circundante, de la realidad cotidiana.

Y estaba pálida. Esa palidez mortal se había agudizado, formando un sustrato profundo en su rostro, en esa expresión suya desangelada, de desconsuelo y desaliento, de vacuidad y derrota, de renuncia.

¿Cuándo fue la última vez que hablé con madre? Ya no se acordaba. Se había acostumbrado a renunciar a ella. Había aceptado su pérdida hacía años, cuando sus postraciones en el lecho se prolongaban durante meses. Luego vinieron los gritos nocturnos. La pobre Florence comenzó a ser sonámbula, a pasearse por la noche por las interminables estancias de Old House, explorando como una estantigua, quizá guiada por una voluntad ajena a ella, ese dédalo de salones y más salones, capillas, salas de billas, refectorios e

infinitas alcobas ricamente adornadas que en el pasado acogían a los numerosos invitados de su abuelo, el anterior duque de Lovenport.

Bien mirado nuestros padres son unos tarados en toda regla, se dijo Agnes, contagiada por el espíritu crítico de su hermana, y acto seguido se reprochó tener un pensamiento tan desconsiderado. ¡Una buena cristiana no podía ser tan injusta y despiadada con sus propios padres, las personas que le habían dado la vida y la habían criado!

-Tía Emma se lo está pasando bomba –dijo Juliet.

En efecto, la única hermana de padre no paraba de reírse a carcajadas, escuchando los comentarios de sus acompañantes, tres damas encopetadas que llevaban encima una cantidad excesiva de colorete y lucían unos tocados grotescos, amén de unos trajes que se antojaban más propios de una carnavalada que de una fiesta seria, ampulosos, cargados de volantes y de colores chillones, que resaltaban sus cuerpos opulentos, de una gordura grotesca. ¿De dónde habían salido?

Tía Emma, flaca como un palo de escoba, de rostro enteco, vulgar, y ese aire suyo artificial, mundano, con un matiz relamido, de falsa obsequiosidad y cortesía, parecía la reina de corazones entre ese trío de desperfectos humanos que casi quedaban bien como bufones.

-¡Y tanto! Además ha bailado varias veces con *nuestro hombre*.

-¿Nuestro hombre? ¿Desde cuándo? ¿Ya te has apropiado del

misterioso enmascarado, hermanita?

-No seas, mordaz, anda, ya sabes que no es más que una forma de hablar.

-Que desnuda tus sentimientos bien a las claras, hija.

Agnes enrojeció de vergüenza. Realmente aquel desconocido le había causado una viva impresión, aunque no le hubiese visto la cara. ¡Transmitía una seguridad arrogante y pendenciera que la había desarmado desde el primer momento! Y era sin duda el mejor bailarín que había visto en su vida.

En el salón el bullicio iba en aumento. La orquesta contratada por Henry para la ocasión tocaba sin interrupción un vals detrás de otro. Corrían las copas de vino espumoso, se ajetreaban los pajes portando bandejas con succulentos canapés, se sucedían las risas y los brindis, algunos chascarrillos subían de tono, los invitados no cesaban de llegar a la reunión tras aparcar en el patio sus lujosos carruajes, entre briosos relinchos de caballos, y ser anunciados por el maestro de cámara y ser conducidos por los lacayos ataviados con librea.

Las damiselas coqueteaban con los caballeros, las damas chismorreaban gozosamente, los varones añosos fumaban con placidez sus cigarros habanos, regalándose la sugerente contemplación de las beldades allí presentes. Entre el humo azulado de los cigarros y los comadreo, las risas, los tintineos de las copas, los acordes de la orquesta, el bello espectáculo en

la pista de baile donde desplegaban sus sinuosos movimientos una docena de parejas, los ocasionales ladridos de los perros de lanas que portaban en brazos algunas ancianas, los revoltosos juegos de los chiquillos que danzaban por doquiera y las sonoras y retumbantes carcajadas de los varones de buen humor y las histéricas risas de las damas aficionadas a reírse del prójimo, entre aquel maremágnum festivo estaban ellas, solas, esperando, sentadas en esas antipáticas sillas que cada vez les resultaban más rígidas e incómodas, soñando con la llegada de su príncipe azul, que surgiría entre las tinieblas en cualquier momento para sazonar sus vidas, salpimentarlas por fin, poniéndoles la nota de color que hasta ese instante les había faltado...

Juliet bostezó y a Agnes le pareció increíble que lo hiciese. ¿Cómo podía aburrirse, si había estado todo el año soñando con ese momento, planificándolo, elucubrando respecto a las mil posibilidades que podía ofrecerles?

-Ha terminado la pieza, hermanita. Vivian se ha quedado con un palmo de narices. Su *partenaire* no quiere repetir con ella.

-Ya me he dado cuenta. Percibo una nota de esperanza en tu voz...

-Y yo en la tuya.

-¡El enmascarado se ha girado hacia nosotras!

-Cielos, sí.

-Viene hacia aquí.

-¡Dios! No me lo puedo creer.

Las dos hermanas de pronto habían empalidecido como su enfermiza madre, que parecía encontrarse más en el mundo de los muertos que en el de los vivos y ahora estaba arropada por una manta que cubría preventivamente sus enclenques piernas, merced a la hacendosa ama de llaves, una enérgica mujer que llevaba toda su vida al servicio de Old House y experimentaba una evidente predilección por su debilitada señora.

El enmascarado se detuvo ante las tres hermanas, en medio de una expectación general. El enmascarado misterioso ya se había convertido en el protagonista indiscutible de la velada, gracias a sus dotes dancísticas y a la sensualidad que denotaba cada uno de sus giros. Ninguno de los presentes parecía creerse que ese galán, que había logrado eclipsar incluso a la impresionante Vivian y a las emperifolladas damas venidas de la corte, algunas famosas por su gusto sofisticado y su aureola de devoradoras de hombres, pudiera acercarse a las *apestadas* hijas del duque de Lovenport. Y mucho menos que las sacase a bailar. ¡Virgen santa, qué disparate!

Agnes se resistía a dar crédito a los chismorreos, pero en los círculos de la alta sociedad londinense era bien conocida la maldición que pesaba sobre las desafortunadas hermanas, que habían sido literalmente secuestradas por su padre, por razones que nadie se explicaba y aún no habían sido formalmente presentadas en sociedad para asistir como era debido a las

diferentes temporadas de bailes que se celebraban cada año en la capital del reino, para rendir pleitesía al monarca y también para estrechar los lazos familiares y de amistad de las diferentes dinastías aristocráticas, amén de pergeñarse múltiples amoríos y cumplidos casamientos para rellenar convenientemente las páginas de las publicaciones donde se sacaba punta a los ecos de sociedad.

El silencio ahora era *casi* sepulcral en el salón. Sólo se oían carraspeos, toses aisladas, los impertinentes ladridos de un perro de lanas especialmente furibundo y comadreo susurrado que acrecentaban el clima de general expectación. Unos y otros se preguntaban por la identidad de ese enmascarado que se había granjeado la admiración de todos, tanto del público femenino como del masculino, en tan breve espacio de tiempo, condensado en apenas tres horas.

Y no menos inquietante era ese impropio acercamiento a las tres hijas, futuriblemente solteras, del duque de Lovenport, el aristócrata más turbio e inquietante del reino, tanto como su enfermiza y prácticamente desconocida mujer, que tampoco fue presentada en su momento en sociedad. De no ser por Emma, la hermana de Henry, mucho más dicharachera, bien relacionada y con un espíritu más abierto y participativo, el ducado de Lovenport y con él su fabulosa mansión Old House habría caído en el olvido hacía mucho tiempo y nadie se dignaría a acudir a su célebre baile de las máscaras, que se

celebraba cada año con puntual regularidad.

¡Qué temblorosas y desvalidas se veía a las tres hermanas en presencia de aquella pujante presencia masculina! Los rostros de los allí congregados, vueltos hacia ellos, no se perdían detalle. Beatrice, que estaba un poco más cerca del enmascarado, alzó levemente la mano, en un gesto invitador, casi imperceptible pero lo bastante notable para hacerse notar.

En cambio Agnes y Juliet estaban petrificadas, parecían contener la respiración, mirando con devoción y asombro al mozo de marras. Los cuchicheos se intensificaron, así como los ladridos del perro de lanas furibundo. La presumida Vivian no cabía en sí de pasmo y aguardaba el desenlace de la escena con los brazos en jarras. Su rostro agraviado echaba chispas y centellas. El duque también estaba pendiente del suceso, pero no con la impasibilidad que era de esperar. En su gesto severo e inexpresivo de imprevisto se había instalado una nota de alarma, como si desaprobase vivamente esa inesperada aproximación de ese hombretón, epítome de la masculinidad, al cubil vulnerable y doliente donde sus hijas, como el año anterior, asistían con impotencia y un sentimiento de privación al jolgorio general.

También tía Emma asistía con sumo interés a ese insólito hecho, pero ella con suma delectación. En sus ojos brillantes de complacencia se advertía un regocijo que contrastaba con el temor visceral que al parecer se había

apoderado de su hermano. Y las tres adláteres de tía Emma, las emperifolladas gordas que habían estado comadreando con ella, entre risas desaforadas y gestos vulgares, daban la impresión de cruzar apuestas respecto al desenlace que todos los presentes esperaban en suspenso, con el corazón en un puño, quizá sugestionados por esa maldición que era vox populi y sin embargo nadie conocía a carta cabal.

-¿Me concedéis este baile, madeimoselle? –dijo el enmascarado con voz grave y tonante.

Había en su actitud una nota de desafío y suficiencia, como si el buen hombre se creyese capaz de aspirar al oro y el moro, considerándose irresistible, invencible incluso por los espíritus de ultratumba que llevaban a cabo los maquiavélicos planes de los conjuros, maldiciones y demás parafernalia diabólica y brujeril. Aquí estoy yo y ni el mismo Diablo podrá conmigo, daba a entender su arrogante apostura y su orgulloso tono de voz.

Claro que no estaba claro a quién iban dirigidas esas palabras, a cuál de las tres hermanas. Unos y otros se miraron con estupor, intercambiando expresiones interrogativas. ¿Sería Agnes, la modosita primogénita? ¿O bien la rebelde Juliet? ¿O la introvertida y salvaje Beatrice? ¿A cuál de las tres había escogido el misterioso enmascarado de cuya identidad ya corrían ríos de especulaciones por los cuatro costados de aquel gigantesco salón, el corazón de Old House, que hoy acogía a la flor y nata de la aristocracia inglesa y a los

más populares personajes londinenses del mundo de la intelectualidad y las artes?

-Agnes me parece la más adecuada –musitó la marquesa de Salisbury, una anciana de aspecto benévolo con la testa plateada, que era la dueña del furibundo perrito de lanas que se empecinaba en ladrar.

-Yo apostaría por Juliet –dijo lady Blessington, la condesa más popular por mor de sus continuas infidelidades, que rellenaban jugosamente las páginas de los ecos de sociedad.

-Pues a mí me da en la nariz que se llevará el gato al agua la rupestre Beatrice, que es una jovencita de armas tomas –apuntó la baronesa de Worms, que regentaba el círculo artístico más prestigioso del reino, al que acudían afamados pintores, escritores de renombre, príncipes extranjeros y cualquier personaje público que se preciara de su originalidad y talento, a tal punto que ningún aspirante a intelectual o artista podía hacer una carrera brillante y provechoso si antes no se convertía en un asiduo de las tertulias que la baronesa celebraba en su casa, siendo cabalmente aceptado por todos sus miembros ya consagrados.

Tras un prolongado lapso de intriga y suspense, magnificado por la estupefacción general, se demostró que la agraciada era Agnes, primogénita del duque, que ahora se revolvía en su regio sitial situado a la cabecera del salón, presidiendo el evento desde su altura inaccesible para el resto de los

mortales.

-Es la primera vez que veo a Henry agitarse por una cuestión doméstica –señaló lady Blessington, intrigada, y acto seguido pasó a preguntarse a qué obedecería aquella agitación, al tiempo que daba sucesivas chupadas ansiosas al fino cigarrillo prendido en una boquilla de marfil que había seleccionado previamente porque hacía juego con sus exquisitos guantes blancos de terciopelo que le llegaban al codo y le daban un aire de vampiresa muy de su agrado y también del agrado de sus muchos admiradores masculinos, de los cuales había unos cuantos en aquel salón.

-Henry no se agita ni por las cuestiones domésticas ni por cuestiones de ninguna otra índole, querida –replicó la baronesa de Worms, que ardía en deseos de arrebatar la máscara sin contemplaciones a ese individuo; ¡no era justo que un ejemplar de esa calidad fuera de toda duda no asistiese a sus populares veladas, que congregaban a la flor y nata mundial de la intelectualidad y el arte.

A Agnes la cabeza le daba vueltas. Estaba viviendo un sueño. Era la primera vez en su vida... ¡Estaba en los brazos de un apuesto caballero! Bailando, nada menos. El baile de las máscaras de Old House había dejado de ser una pesadilla por verse obligado a contemplarlo desde fuera, como mera espectadora. ¡Ahora estaba allí, en la pista de baile! ¡Era la protagonista indiscutible! Junto a ese hombretón que había cautivado a todas las féminas

allí presentes.

Le temblaban las piernas. Apenas podía respirar. Las mareantes vueltas del vals desplazaban los objetos y las personas en torno a ella a una velocidad vertiginosa. Volaban los candelabros de plata, los óleos de pintores afamados, los vetustos tapices que representaban escenas de cacería, los jarrones, las alfombras, los retratos de los diferentes duques de Lovenport con sus rostros adustos, todos los músicos de la orquesta con sus deslumbrantes instrumentos, los cortinajes de terciopelo que cubrían los amplios ventanales, las esculturas de bronce, los vivaces pajes con sus bandejas llenas de canapés y copas de vino, los lacayos de librea que aguardaban en posición de firmes, el duque entronizado en su sitial, el variopinto público que contemplaba pasmado sus pasos de baile, la indolente Florence doblegada bajo su manta de piel de camello, sus envidiosas hermanas, las armas de las vitrinas y hasta el perro de lanas de la marquesa de Salisbury.

Le fallaba la vista. La máscara de su *partenaire* se desdibujaba por momentos, cobrando un aspecto brutal unas veces, casi satánico, y otras perfilándose con formas suaves y alentadoras, algo infantiles, como si representasen al personaje de una leyenda, un héroe medieval o mitológico.

Hasta que él hablo. Entonces Agnes, al escuchar de nuevo el sonido grave y un tanto ronco de su voz, aterrizó, puso los pies en la tierra, se apeó de esas vueltas delirantes que la succionaban como un remolino de viento. Él era

real, estaba allí, junto a ella, bailando, la había elegido, era verdad.

-Me gusta vuestro perfume.

¡Qué firmeza la de sus brazos y sus hombros! ¡Qué gracilidad de movimientos! Aquel hombre no bailaba, flotaba. Sus pies estaban suspendidos, se deslizaban como por arte de magia. ¿Olor? ¡Él sí que olía bien! A madreselva. O quizá a vainilla. El aroma que despedía evocaba mil sensaciones. Esencia de rosas, efluvios de limón y canela. ¡Cielos!

-Bailáis muy bien.

Más halagos. ¿No iba a parar? ¿Acaso se merecía ella esas lisonjas?

-Vuestro vestido es precioso.

Desde luego. Era su mejor vestido. El sastre de Old House había consagrado todo el año a confeccionarlo en exclusiva para ella, siguiendo sus patrones, los que ella le había encargado, además de escoger las telas de la más alta calidad, increíblemente cara, llegada a través de la ruta de la seda de países lejanos, de ese inspirador Oriente, tierra de leyendas y promesas.

Ahora te toca hablar a ti, tonta, se dijo Agnes, sintiendo pánico porque quizá el vals estuviese por terminar y quizá el enmascarado no quisiese repetir con ella, comprobando su estupidez, que incluso le impedía abrir la boca. Pobre de ella. ¡No dejaría escapar esa oportunidad! Debía seducir al enmascarado, dejarle un recuerdo imborrable, mostrarle algo único que le hiciese quedarse prendado de ella.

No me quedaré soltera, yo no, lo juro por lo más sagrado, ¡maldita maldición!, pensó Agnes, carraspeando para aclararse la garganta. Y se urgió a hablar. Ahora o nunca.

-¿Cómo os llamáis, caballero?

-Edward, para serviros...

Edith, como era habitual, su condena diaria, recorría las calles de Londres, en medio de la neblina, en medio del desaliento, bajo ese cielo gris y crepuscular, contemplando los semblantes mustios y hoscos de los edificios que la rodeaban, contemplando a los viandantes, unos encopetados, otros pobres y vestidos con harapos, esquivando a los perros callejeros y a los gatos callejeros y esquivando los charcos de agua sucia y aceitosa, aguantando las impertinencias de los borrachos y los chiquillos desvergonzados dedicados al hurto que la piropeaban sin decoro, dedicándole expresiones soeces.

Una rica carroza pasó a la carrera, tiradas por cuatro briosos corceles blancos, y cuando las ruedas y los cascos de los caballos hollaron frenéticamente los charcos que cubrían el empedrado salpicaron una copiosa rociada de esa agua mugrienta y aceitosa, empapándole la falda y ensuciándole sus zapatos de tacón sobre los que ella caminaba precariamente, manteniendo un equilibrio precario que apenas daba dirección y propósito a su precaria

existencia sin esperanza.

Porque soy prostituta, esto es lo que me toca, restregarme en el barro, el lodazal de la gran ciudad, porque ahora no soy nada, no soy nadie, menos aún que las fulanas nacidas en el arroyo que saben de dónde vienen y a dónde van, se dijo Edith, desalentada.

Era joven y hermosa, pero eso no le servía para nada. También había recibido una educación exclusiva, inmejorable, gozando de mil bondades, pero eso no le servía para nada. Estaba perdida, irremisiblemente. Su destino se había eclipsado, habían colapsado sus anhelos, como edificios ruinosos desmoronándose, ya no quedaban sueños, sólo ese martirio callejero de entregar a los hombres, a hombres desconocidos que expoliaban su cuerpo sin contemplaciones y sin contemplaciones arrojaban unas monedas a su empobrecido regazo.

Se acabó, se acabó todo, se dijo Edith, suspirando, y buscó en el cielo el sol, o quizá la luna, ya no sabía si era de día o de noche, si estaba en su inmundo cuartucho o deambulando por las calles de Londres como una sonámbula, los confines de su triste existencia se entreveraban como la carne y la grasa del cerdo o los hilos en un rico vestido de cortesana.

Qué dolor anidaba en su corazón, cuántas desdichas debía soportar, ya no había elementos de juicio que ella pudiese emplear para engañar a su pobre corazón, que había tomado conciencia de su fracaso, de su perdición, de la

ruina sin paliativos que se arrojaba sobre ella como un diluvio de cascotes. Su corazón había muerto, como sus sueños, y ahora el pasado estaba enterrado en la memoria, ya lo le pertenecía, quizá era obra de un delirio fantástico, una proyección onírica o simplemente un cuento, un relato sugerente que alguien le hubiese narrado al calor de una hoguera en una fría noche de invierno.

Lilly vino corriendo, levantándose las faldas, hundiendo sus zapatitos en el agua de los charcos, indiferente a su suerte de marginal meretriz del arrabal, con sus ojos brillantes de alegría y su cabello desordenado al viento y las formas rotundas y voluptuosas de su cuerpo, con su procacidad provocativa y sus exabruptos de joven inculta y malcriada. Lilly, la bella y bruta Lilly, qué sería de mí sin ella, pensó Edith al verla, obligándose a sonreír.

-¿A dónde vas, locuela, con la que está cayendo? ¡Ed, hija! ¡Estás como una cabra! ¿No ves que caen chuzos de punta? ¡Llueve a mares! ¡Londres es una inmensa balsa de agua!

Lilly se reía a carcajadas, con esa risa suya bronca y desapacible. Abrazó a Edith, la adoraba, estaba claro, desde el principio sentía debilidad por ella, sentía devoción, la quería como a una hermana, una hermana pequeña o una hermana mayor, no se sabía muy bien. Necesitaba sus consejos, sus palabras de aliento, sus confidencias, su camaradería, o quizá no, era ella misma tan autosuficiente, tan segura de sí misma, tan confiada y alegre, ¿por

qué la buscaba siempre?

-Eres una exagerada, Lilly, para varias.

-¡No lo soy! ¡Hace un tiempo de mil demonios!

-No es para tanto. Ahora mismo no llueve.

-Pero ha llovido sin parar toda la noche. Qué truenos, Dios mío, y qué relámpagos y qué todo, virgen santa, estaba yo por meterme debajo de la cama, me sentía fatal, a morir, me moría de miedo y de susto.

-¡Anda ya, si eres el colmo de la alegría!

-¿Alegría? ¿Qué alegría puede haber en este tiempo de mierda?

-Bueno, estamos en Londres, aquí llueve, es lo que toca, querida.

-Lo que toma es tomarse un buen tazón de chocolate caliente. Anda, ven conmigo, no te hagas la remolona.

Lilly la agarró de la mano y la arrastró al interior de un establecimiento. Se acomodaron en cómodos asientos. El local era alegre, en consonancia con la alegría de Lilly. Era quizá un local demasiado pomposo, ella no habría entrado allí por sus propios medios, por su propia voluntad, se sentiría empequeñecida y poca cosa, se sentiría acomplejada, asustada, fuera de lugar, una hormiguita en el hogar de unos ratones opulentos.

Había muchas exquisiteces de repostería, dulces de todas clases y colores, con formas sugerentes, y una variedad de chocolates increíble u bombones a porrillo. Las mesas tenían un elegante mantel bordado. La

atmósfera olía a limpio, a desinfectante. El suelo relucía como una patena, como si acabasen de fregarlo. Los clientes eran buena gente, buenas personas, gente de bien, personas prósperas, señoras de su casa mayormente, y ancianitos y ancianitas pulcramente ataviados.

¿Qué hacían allí metidos en un día así, tormentoso, desangelado, sin esperanza? ¿Por qué no estaban en sus casas? Parecían estar allí empujados por la costumbre, el hábito de desayunar entre aquellas exquisiteces de repostería en buena compañía, en el ambiente luminoso y alegre y pulcro de ese local al que no parecía afectarle la miseria del mundo exterior, las fulanas que se arrastraban como espectros sobre los charcos embarrados en busca de clientes, los pilluelos a la caza de una víctima y los ricos gentilhombres y las ricas damas y damiselas que se dirigían a sus respectivos destinos gloriosos, de sus vidas pudientes y satisfactorias, en corceles blancos o sementales negros o en ricas carrozas en cuyo interior tampoco entraba la miseria.

-¡Dios mío, Ed, estás temblando de frío! ¡Hasta te castañetean los dientes!

-Sí...

-¡Pobrecita mía!

Edith se encogió de hombros y no se molestó en fingir entusiasmo, estaba deprimida, estaba hecha polvo, destruida, no tenía ánimos ni para sonreír, pero debía seguir viviendo, debía seguir respirando, mirando a la

gente a la cara, hablando, y por supuesto buscando clientes por las calles, debía seguir acostándose con los hombres que se dignaban a acostarse con ella para arrojarle una monedas al regazo, todo eso debía seguir haciendo, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo.

-¿Había venido aquí alguna vez?

-No.

-¡Me encanta este sitio! ¿No es genial? Anda, dime, ¿acaso no es genial? ¡Hay aquí cantidad de cosas ricas! Te puedes poner las botas. Yo cuando estoy con el ánimo por los suelos me encierro aquí unas cuantas horas y como hasta reventar, me lo zampo todo, como una loca ansiosa. Se me empapan los morros de chocolate y de azúcar y se me llena la barriga y engordo un montón de peso, me pongo como una ballena o un elefante, pero que me quiten lo bailao, me siento tan bien cuando me zampo todas estas cosas y el azúcar me estalla en la cabeza, es maravilloso, puedes creerme, una experiencia incomparable, te la recomiendo, tocas el cielo y hasta el paraíso. Aunque a veces me siento culpable al salir del paraíso y me caigo directamente en los infierno, porque se me atraganto todo lo que me he zampado y me sienta fatal y me pongo a vomitarlo todo en un rincón, sintiéndome avergonzada y culpable, y luego me pongo a llorar y pienso que en la vida pasas del cielo al infierno con la misma rapidez que das un paso detrás de otro.

-Tal vez...

-¿Se puede saber qué te pasa Ed?

-Nada.

-No me mientas, hoy estás especialmente hecha polvo, se te nota.

Edith suspiró tres veces, o quizá cuatro. A veces se dedicaba a contar sus suspiros, igual que ahora estaba contando las baldosas blancas de la pared que tenía delante y las bandejas del expositor que contenían las exquisiteces de repostería y las variedades de chocolate de los anaqueles, donde había bonitos recipientes con vistosas etiquetas que prometían placeres sin igual para el paladar.

-Creo que estamos todas locas, Ed.

-Pues sí.

-El mundo está como una cabra, ¿no es así?

-Desde luego.

-¿Sabes? Anoche tuve un sueño. Soñé que era una jirafa y que me había empeñado en alcanzar un orinal de oro que estaba en lo alto de un árbol muy alto y por más que estiraba el cuello no conseguía alcanzar el orinal, porque el árbol no para de estirarse y de alejar el orinal de oro de mis enormes dientes de jirafa para que no pudiesen morderlo.

-Qué sueño más extraño.

-Pues sí.

-Me pregunto qué interés podía tener la jirafa que eras tú en un orinal de oro.

-¡Pues en el oro! ¿En qué otra cosa podía interesarme yo? Aunque fuese una jirafa no era tonta, hija, y sabía que ese orinal valía una fortuna.

-Pero un orinal sirve para contener la orina y la heces...

-¿Qué más da si es de oro? ¡Al ser de oro me pagarían una fortuna por él!

-Ya...

La dueña del local, una mujer de mediana edad con aspecto bondadoso y también pulcro y decente como su local, que llevaba un delantal impoluto, blanco como la leche, vino a preguntarles qué deseaban tomar. La mujer tenía tres hijas, las tres diferentes, como si perteneciesen a razas diferentes, que se ajetreaban mucho, yendo de aquí para allá. Ellas se encargaban de preparar los dulces en los hornos de la trastienda y de colocarlos pulcramente en el mostrados, las baldas y los expositores.

Así que la madre y las tres hijas parecían una máquina bien engrasada, que trabajaba eficientemente a pleno rendimiento, porque la madre atendía a los clientes y era muy educada y respetuosa y no hacía de menos a nadie, a Edith le maravilló y le asombró que no la juzgase por ser prostituta, no la miró mal, no le habló despectivamente como solía hacer todo el mundo, sino que la miró con respeto y consideración y se dirigió a ella con dulzura, como si en

cierto sentido la considerase su hija, su cuarta hija, aunque fuese fulana y estuviese sentada a una mesa de su local, aunque fuese una cliente de su bello local del repostería y se muriese de frío, temblando y castañeteando los dientes.

Lilly pidió de todo, tras consultar brevemente la opinión de Edith. Pidió buñuelos y varias delicias de crema y sendos tazones de chocolate y unos cuantos bombones y dos rebanadas de pan crujiente y calentito untadas con leche de almendras, mermelada, crema de cacahuets y mantequilla.

La dueña del local les regaló una espléndida sonrisa al tiempo que les dedicaba un guiño de complicidad y se alejó bamboleando las caderas y el enorme pandero de su trasero y luego les trajo su pedido, casi sin solución de continuidad, qué eficiencia, qué rapidez, el servicio de aquel local era asombrosamente bueno.

-Que tengáis buen provecho, queridas –les dijo la dueña del local, y volvió a alejarse bamboleando las caderas y su enorme trasero para atender a otros clientes.

-Me parece increíble estar aquí –dijo Edith, sonriendo por primera vez ese día, a la vista de tantas cosas tan ricas y que olían tan bien.

-Me alegro que te guste. Te lo mereces, querida. Eres mi mejor amiga.
¡Quiero hacerte feliz!

-Gracias.

Las dos prostitutas se pusieron a comer. A desayunar, porque era su primera comida del día. Afuera había comenzado a llover de nuevo. Londres se desperezaba. La jornada se desperezaba. Comenzaban los ruidos del ajetreo laboral, tras los excesos nocturnos, porque ayer fue la noche del sábado, que solía consagrarse al desenfreno nocturno, a las fiestas, al bullicio, al frenesí erótico y sexual y también a los follones, las peleas, los duelos personales.

-No te he dicho que hoy he quedado aquí con todas –dijo Lilly de pronto, cuando había promediado la mitad de la cantidad de comida que le correspondía a ella.

Edith miró fijamente a su amiga. Tenía en mucha estima a Lilly, era un alma de cántaro, como solía decirse, no albergaba malos sentimientos hacia nadie, su corazón era bueno y no tenía ambiciones, se contentaba con poco, también venía a cuento decir de ella que se daba con un canto en los dientes, era tan infantil, tan simple y previsible, no aspiraba a casarse, no tenía sueños imposibles, no creía a sí misma una cosa distinta de lo que era.

Lilly tenía una cara bonita, aunque redonda y gordita, porque a la pobre Lilly le gustaba mucho comer, le encantaba, era su debilidad y por eso tenía sobrepeso, aunque no tanto para ser aborrecible, era una gorda apetecible para los hombres, para algunos en especial, no una obesa decadente y desagradable, porque las formas rotundas de su cuerpo eran duras, firmes, agradables al tacto, no flácidas, blandas y descolgadas, porque Lilly era muy

joven, contaba apenas diecinueve años, y su cuerpo no había tenido tiempo de deteriorarse.

Así que los grandes pechos de Lilly y su trasero considerable y sus muslos carnosos tenían mucho éxito entre la clientela de la prostitución londinense que buscaba un rápido desahogo sexual en los suburbios de la gran ciudad, lejos de miradas indiscretas. Esos hombres necesitados de alivio sexual veían en las formas rotundas y pletóricas de Lilly y en su carácter divertido, aniñado y alegre, la prostituta ideal para subirla a la carroza o poseerla en un oscuro callejón, sin necesidad de acudir a miserables e inmundos cuartuchos.

Además los servicios de Lilly resultaban mucho más baratos que los de las prostitutas que trabajaban en los prostíbulos. Las felaciones o masturbaciones de Lilly casi eran tan baratas como una chuchería o una barra de pan. Claro que Lilly dejaba a sus clientes tan contentos y satisfechos que solían dejarle una generosa propina. Porque Lilly no se dejaba penetrar, por ahí no paso, solía decir, y añadía, esbozando una sonrisa pícara: yo sólo haré el amor con el hombre del que me enamore, si es que me enamoro alguna vez, lo cual dudo mucho.

Así que Lilly era la única prostituta virgen de todo Londres, lo cual tenía mucho mérito, indudablemente, porque la competencia entre las prostitutas era atroz.

-¿A qué todas te refieres?

-A todas las del grupo, las paisanas, las rebeldes sin causa, las descocadas de la vida, hija, a quién me voy a referir.

-No sabía que hubiese un grupo.

-Pues sí, lo hay, y yo soy su fundadora.

-Es la primera vez que me hablas de ese grupo.

-Es que lo fundé ayer.

-¿Y eso por qué?

-Porque me apetecía hacerlo.

-¿Qué es lo que te apetecía?

-Juntar a todas mis amigas, eso. ¡Porque hoy es mi cumpleaños!

-¡No me digas!

-Pues sí, bueno, en realidad no, pero es como si lo fuese. En realidad no sé qué día nací, las huérfanas no solemos saber esas cosas, pero he decidido que hoy es mi cumpleaños, lo decidí ayer, mientras un tipo con cara de pirata me comía las tetas en su carroza de ensueño. ¿Te puedes creer? Se corrió con sólo comerme las tetas, ya sabes que tengo unas tetas prodigiosas, bien redonditas, como balones, y con los pezones bien duros y bien salidos, como la punta de un dedo.

-¿No tuviste que tocarlo?

-No. Y él tampoco se hizo una paja. Le dio tanto gusto chuparme las

tetas que ahí se acabó la historia y me pagó tan generosamente que hoy he decidido celebrar mi cumpleaños.

-Qué bien.

-Son las cosas de los ricos, hija, tienen sus caprichos y lo que a nosotras nos parece una tontería para ellos es un mundo, le dan una importancia alucinante. A lo mejor ese tipo con pinta de pirata es un pintor y cuando llegó a su casa se puso a pintar mis tetas, que debieron de parecerle perfectas, ¡vete tú a saber!

-Puede ser, el mundo está lleno de rarezas y extravagancia.

-¡Y que lo digas!

Empezaron a llegar las amigas de Lilly, una detrás de otra, porque Lilly las había citado a primera hora de la mañana, para desayunar, y todas estaban impacientes por conocerse entre sí y ponerse las botas en ese local delicioso totalmente gratis, a cuenta de Lilly, porque ella pagaría la cuenta merced a sus esculturales pechos.

Edith estaba encantada, le gustaba conocer a esas chicas que se ganaban la vida como ella y además eran amigas de Lilly, cada una era tan peculiar, tan diferente, tan ella misma, y al mismo tiempo eran todas tan parecidas, tenían tantas cosas en común, tantas cosas que compartir, que decirse unas a otras, en esa franca camaradería que les ayudaba a soportar mejor su infortunio, solidarizándose frente a los hombres, sus clientes, que les

daban de comer y a veces las trataban mal, como a trapos que utilizaban para sacarse el semen del pene y también para limpiarse de semen el pene, como a trapos que luego dejaban tirados por considerarlos ya inservibles.

Sally era la más vieja de todas, tenía mucha experiencia, se había pasado la vida de prostituta, aunque tampoco era demasiado vieja, andaría por los cuarenta. Era muy digna y tenía un porte muy altivo y señorial, casi se podría decir que distinguido, por lo que solían escogerla los hombres a quienes les gustaban las mujeres entraditas en años que además diesen el pego como mujeres formales, mujeres casadas y de cierta posición social.

-Yo me suelo acostar con hombres decentes que no quieren dejar de serlo cuando se van de putas –dijo Sally, que tenía una voz cascada porque era una fumadora empedernida.

A Edith le hacía gracia Sally. Era alta, delgada, no tenía las caderas prominentes, su pecho era plano como una tabla y los rasgos de su cara, aunque eran correctos y armoniosos, podían pasar por los de un hombre con el maquillaje adecuado. Además llevaba el pelo muy corto y pegado a su cabeza ovalada. Sus ojos eran muy hermosos, sugerían caramelos, miraban con dulzura y sabiduría y con serenidad y fatalismo.

Sally contó a las comadres que estuvo casada y tuvo tres hijos, que se casó muy pronto y tuvo a sus tres hijos muy pronto y que igual de pronto se le vino abajo el chiringuito familiar, porque su marido, que era funcionario de la

corte, murió en un accidente laboral del que ella no recibió ninguna explicación y ella se quedó arruinada, porque los bancos le quitaron hasta la casa y las joyas que había comprado su marido, y la carroza y los tres caballos que había comprado su marido, y Sally se vio obligada a meter a sus tres hijos en casas donde pudiesen criarlos bien, por recomendación de un amigo de su marido y tuvo que tirarse a la calle para ejercer la prostitución, ya que era una mujer sin oficio ni beneficio, que sabía hacer medianamente bien muchas cosas pero no hacía ninguna de esas cosas perfectamente bien.

-Así que me vi con veinte años tirada en la calle para buscarme la vida vendiendo mi cuerpo –dijo Sally-. Pero no os creáis que me sentí mal por ello. En realidad desde niña soñaba con ser puta, lo soñaba cuando veía a las putas y me parecía que eran las mujeres más libres y felices del mundo porque podían hacer lo que les daba la gana y las demás teníamos que conformarnos con casarnos y aguantar a nuestro marido y dedicarnos a criar a los hijos y atender la casa como esclavas. Y os aseguro que no me arrepiento de nada de lo que he hecho y si volviese a nacer haría lo mismo –añadió Sally con su voz estropajosa y cascada-. Me gusta mi trabajo, mi profesión es de lo más digna, es envidiable, aunque a veces lo pases mal. No hay nada perfecto en la vida, todas las profesiones tienen sus cosas buenas y sus cosas malas, digo yo.

Sally también dijo que no había vuelto a ver a sus tres hijos, que no sabía nada de ellos ni sentía la curiosidad de averiguar qué les había pasado,

cómo les había ido la vida y qué estaban haciendo en la actualidad.

-Seguro que están bien, no me cabe la menor duda, porque su padre era un hombre de recursos y yo también lo soy y por algo son nuestros hijos – apuntilló Sally, perfilando en su rostro masculino una sonrisa algo triste en la que no había resentimiento hacia la vida ni hacia ella misma, no había sentimiento de culpa ni tampoco un sentimiento de malditismo y perdición hacia su propia vida, hacia su destino, el que le había tocado en suerte.

Otra amiga de Lilly se llamaba Ruth. Ruth había sido durante años bailarina profesional y tenía una figura preciosa, escultural, un poco atlética, como las bailarinas y las artistas circenses. Era joven, guapa y tímida. Trabajaba en un burdel a ratos libres, porque allí la recibían con los brazos abiertos siempre que quisiera y no le exigían nada.

-Sólo soy puta a ratos perdidos, un poco por afición y otro poco porque a veces necesito más dinero del que tengo –dijo Ruth-. Antes, cuando me iba bien de bailarina y trabajaba en una compañía y viajaba por todas partes, me lo pasaba bien y no pensaba en otra cosa. Luego la compañía se arruinó y tuve que buscarme un padrino, un viejo verde que me pagase los caprichos y me pusiese una casa donde vivir, porque antes, con la compañía, vivíamos a salto de mata, hospedándonos en posadas, en cualquier parte, y casi nadie tenía su propia casa.

Ruth soltó una risotada desenfadada. Edith pensó que era bastante

mona además de tener una figura estupenda, que ella resaltaba con la ropa más ceñida que había visto en su vida.

-Es una lata tener gustos caros –añadió-. Me gustan los perfumes y las joyas y la ropa de lujo. Mi primer padrino me malacostumbró. Luego tuve otros padrinos, pero ninguno igual de espléndido y generoso. Normalmente los hombres son tacaños y miden mucho cuánto te dan y cuánto les das tú. Eso también es una lata. Por eso a veces mando a la mierda a mis padrinos fijos, que aspiran a tenerme encerrada en la jaula de sus miserias y sus complejos de superioridad y sus complejos de inferioridad y sus estupideces varias, y me largo de vuelta al burdel, donde nadie te pide cuentas, porque todo es aquí te pillo y aquí te mato y luego cada uno en su casa y Dios en la de todos y si te he visto no me acuerdo.

Edith estaba asombrada con aquellas explicaciones y la visión del mundo y la realidad que tenían esas mujeres, era pasmoso estar allí sentada con ellas, escuchándolas, comprendiéndolas, admirándolas y también compadeciéndolas. Las amigas de Lilly no tenían desperdicio. Permelia era la rarita del grupo. Era la víctima propiciatoria de los perversos, los clientes sádicos. A Edith le despertó mucha ternura desde el primer momento.

Permelia tenía una deformación en la pierna derecha que le hacía cojear ostensiblemente y su rostro estaba surcado por una fea cicatriz que le había dejado tiempo atrás un cliente especialmente desaprensivo y violento.

-Yo me presto a ese tipo de prostitución porque es lo que me da dinero –dijo Permelia con su voz estridente y chillona, porque por lo demás soy fea y no tengo un cuerpo apetecible para los hombres. De no ser por la malformación de mi pierna y mi fea cicatriz y de no ser porque sé soportar los golpes y los castigos y las vejaciones y las humillaciones de todo tipo porque desde que nació mi padre, que era arriero, y mis hermanos, que también eran arrieros, hacían conmigo lo que les daba la gana y me violaban y me pegaban para olvidarse de que eran arrieros y pobres y miserables y mezquinos, de no ser, digo, por esas circunstancias, yo, pobre de mí, no me comería una rosca e iría por el mundo con una mano por delante y otra por detrás, como quien dice, así que me agunto y doy gracias por mi suerte, porque ahora por lo menos puedo pagarme un cuarto decente y comer cuando tengo hambre y darme un capricho de vez en cuando.

Jane cerraba el batallón de las compinches de Lilly. Jane era la benjamina, la más pequeña, la más jovencita. Tenía quince años pero ya había corrido mucho mundo porque había empezado a prostituirse a los doce años, después de que la violasen su padre y el compadre de su padre, que estaban completamente borrachos y perdieron el sentido y aprovecharon que la madre de Jane había muerto hacía poco tiempo de una afección estomacal y por lo tanto no estaba presente para defender a su niña.

Jane cubría las necesidades del perfil masculino llamado pederasta o

pedófilo, sus clientes eran los hombres a quienes les gustaban las niñas porque Jane además de ser muy jovencita era tremendamente dulce y candorosa y tenía un cuerpecito de niña y una carita de niña que no se la podía aguantar y ese perfil de cliente se quedaba prendado de ella nada más verla con sus vestiditos de niña y sus gestos de niña y sus sonrisas angelicales.

-Es lo que hay, hay que dar al cliente lo que el cliente busca porque el cliente siempre tiene la razón –dijo Jane, acariciando al enorme perro que había entrado con ella en el local y se había sentado a su lado obedientemente porque era su ángel de la guarda y su perro guardián y siempre la vigilaba de cerca cuando Jane hacía la calle a la caza de clientes para que ningún desaprensivo le hiciese daño.

Agnes seguía girando, una vuelta detrás de otra, suspirando, incrédula, con la respiración contenida. La enorme lámpara de araña del techo daba vueltas en su cabeza. Hacia ella miraba, rehuendo la atormentadora visión de la máscara, de ese hombre cargado de fuerza y magnetismo que la arrastraba de una punta a otra de la pista de baile, ante las miradas expectantes de los invitados, estrangulando sus anhelos, elevándola al cielo y al tiempo al infierno, qué gozada sin par y a la vez qué tormento, qué amalgama confusa y desquiciantes de sensaciones, de emociones, de temores y alegrías y ansiedades.

Debo seguir hablando para no parecer estúpida, se dijo.

-¿Sois inglés? –preguntó; había detectado en el desconocido un acento extraño, duro, áspero, contundente, que distaba mucho de asemejarse al acento fluido y cadencioso de los aristócratas ingleses; ¿de dónde diablos había salido ese hombre?

-No.

¿No? ¿Entonces de dónde? ¿Acaso era normando? ¿O un vikingo escandinavo? ¿Noruego, sueco tal vez? ¡Cielos, cuántas dudas y desconfianzas, acabaría ahogándose.

-¿De dónde, pues?

-Soy escocés.

¡Escocés, cielos, qué desatino! Se decía que los escoceses eran brutos, pétreos, inamovibles, simples, y en especial los varones, como los antiguos hombres de las cavernas. Se decía que trataban a las mujeres y a los caballos por igual, con un insensible y despiadado sentido práctico. Se servían de las mujeres y los caballos a su gusto, explotándolos hasta la extenuación, sin prestarles apenas cuidados, abandonándolos luego a su suerte...

Pero tenía un nombre tan bonito, tan inglés. Edward. Agnes lo paladeaba en su magín. Ese nombre de pronto estaba revestido de agradables concomitancias, de sugerentes evocaciones que le serpenteaban por el cuerpo, por el pecho y el vientre y más abajo. Cielos, no podía ser tan estúpida. Las piernas seguían flaqueándole. Qué pensaría Edward de ella, qué pensarían los otros. Seguro que Vivian se estaba riendo a su costa, esperando verla tropezar, cometer un desliz, defraudar al apuesto galán.

Se imaginaba la expresión burlona de la baronesa de Worms, pensando en invitar a Edward a su famoso círculo artístico, sólo a él, a ella nunca, las hijas del duque de Lovenport tenían prohibido el acceso a su cónclave social y

a todos los de Londres. Y se imaginaba a la anciana marquesa de Salisbury pellizcando a su perrito de lanas para que ladrara aún con más ferocidad, malográndoles el baile. Y se imaginaba a la vampiresa lady Blessington comadreando con ella misma, con sus propios anhelos de conquista, pergeñando nuevas intrigas, deseosa de atrapar a Edward en sus redes para vivir con él un nuevo capítulo de sus aventuras románticas y apasionadas que rellenaban jugosamente las páginas de los ecos de sociedad.

-¿Sois escocés?

-Sí.

-¿Habíais estado antes en Inglaterra?

-No, es la primera vez. Llegué ayer a vuestra admirable tierra.

¿Ayer? ¿No era eso acaso una casualidad imposible? ¿Quizá había venido expresamente a Inglaterra para asistir al baile de las máscaras de Old House, del que a buen seguro también se hablaba en Escocia? ¿Por qué? ¿Venía a desposar a una de las hijas malditas del duque de Lovenport, a burlarse de ellas, a deshacer el hechizo, embrujo o lo que diantres fuera aquello que las retenía en Old House, manteniéndolas alejadas de los posibles pretendientes que aspirasen a su mano?

A Agnes le rechinaba la expresión *vuestra amada tierra*. Había en ella una nota mordaz, de desprecio, irónica. Para Edward Inglaterra no era una tierra amada, estaba claro, la falsedad de su afirmación era evidente. Más bien

parecía odiar Inglaterra. Había inquina en el tono en que había proferido aquellas palabras. Había una herida vieja, sin cicatrizar. Oh, querida, te estás volviendo loca, ves peligros donde no los hay, sacas conclusiones absurdas del detalle más nimio e insignificante, se dijo Agnes, obligándose a dirigir la mirada hacia el enmascarado, aferrándose a sus fuertes y musculosos brazos que la manejaban con tanta facilidad, como si ella representase una carga tan liviana que hasta podría hacer malabares con su cuerpo...

-¿Por qué habéis venido a Inglaterra?

-Para veros a vos, Agnes de Lovenport.

-¿A mí?

-Ni más ni menos.

Edward se había reído debajo de la máscara, detrás de esa máscara rígida y grotesca que ocultaba su rostro y sus expresiones. ¡Se estaba burlando de ella! Porque esas palabras no sonaban sinceras, no eran espontáneas ni auténticas, sino artificiales e impostadas, ella se preciaba de percibir con claridad las emociones y los pensamientos de las personas, tenía un agudo sentido de la observación y una sensibilidad exquisita que desnudaba los fingimientos y las actitudes afectadas, una afirmación falsa e hipócrita nunca le pasaba por alto.

-¿Por qué deseabais verme?

-Para desposarme con vos.

Agnes se atragantó. ¡Qué tontería más grande! ¿Qué se había creído ese hombre? ¿Por qué montaba aquel paripé? Pero le gustaba, claro que sí, le encantaba que Edward, el escocés enmascarado, quisiese casarse con ella, que hubiese venido de su bárbara nación con el único propósito de hacerlo, qué delicia inesperada, aunque se antojase imposible, inverosímil, ridícula.

-¿Sois noble por ventura?

-¿Cómo podéis dudarlo? Soy señor de Glencairn y O'Groates. Poseo un vasto territorio, cientos de vasallos y caballos y una de las villas más ricas y suntuosas de mi reino, que podría compararse a vuestro Old House. Todo ello lo pongo a vuestro servicio si tenéis a bien aceptarme por esposo para compartir conmigo el resto de vuestra hermosa existencia, que a la fuerza ha de ser tan hermosa como vos, como vuestros broncíneos cabellos y vuestros ojos que ya me han robado el alma. ¡Venid conmigo y hallaréis la paz que tanto anhela vuestro espíritu! Juntos fundaremos esa familia ejemplar con la que soñáis. Venid conmigo y os mostraré los increíbles paisajes de naturaleza virgen que tanto abundan en Escocia. Os mostraré el alma noble y corajuda de la sangre escocesa que aun siendo ruda es valiente y arrojada como ninguna. Venid a esa tierra mía de leyenda, donde lo salvaje y lo onírico se entrelazan como las hebras de un cedazo. ¡Caminemos juntos, agarrados de la mano, por áridos brezales, con orgullo y dignidad, invulnerables a los reveses de la fatalidad y las descorazonadoras ínfulas de los salones londinenses. ¡Haceos

partícipe del clan poderoso añejo al que pertenezco y del que soy su heredero por derecho sucesorio! En vos está ahora la palabra...

Agnes se atragantó y tuvo un brusco acceso de tos. Qué sueño, qué infantil pretensión. ¿Había acaso algo mejor que aquella inverosímil proposición? No. Pero era risible, injustificable, no tenía pies ni cabeza, ni razón de ser ni explicación lógica, era una necesidad rocambolesca.

-¿Me amáis? –inquirió, con voz estrangulada y los ojos ardiendo a causa del acceso de tos, que le había impedido replicar durante un buen rato, mientras el enmascarado continuaba dándole vueltas, implacable, como si su propósito fuese marearla hasta la extenuación, volverla loca, hacer que perdiese el juicio, sí, que perdiese el norte y se entregase a ese impropio e inexplicable y falaz futuro que le ofrecía ahora en bandeja de plata.

-¡Pues claro que os amo! De lo contrario no me rendiría ante vos.

Agnes tragó saliva y suspiró repetidas veces.

-¿Cómo podéis amarme? Quiero decir, ¿cómo podéis haberos enamorado de mí? ¡No me conocéis, no me conocéis en absoluto, soy una completa desconocida para vos, recién me habéis visto aquí, en esta celebración frívola! Y además me habéis visto de pasada, de refilón, por encima. No habéis podido profundizar en mi naturaleza, en mi carácter, en mis cualidades femeninas. Ignoráis mi identidad intrínseca...

-He observado vuestra belleza sin par.

-Eso equivale a no decir nada, caballero. El amor no es sólo belleza. Y el matrimonio tampoco.

-Desde luego. Mas vos no sois sólo belleza.

El enmascarado extrajo de su pecho un pequeño retrato y se lo mostró, sin dejar de bailar, sin dejar de hacerla girar frenéticamente, sin perder el ritmo, el paso y la compostura. Agnes se vio a sí misma en el retrato. Con unos años menos. Se vio a si misma adolescente pero ya hermosa y mujer. Desde ese retrato había cambiado poco, la verdad, quizá sus formas se habían redondeado un poco, nada más.

-¿De dónde habéis sacado el retrato?

-Lo llevo siempre encima, prendido de mi cuello. Me acompaña allá adonde vaya, haga lo que haga, piense lo que piense, secundado mis sueños, mis planes de futuro, mis ansiedades y también mis frustraciones. Estáis vos presente, a través de vuestro retrato, en todas las facetas de mi vida. Y así deseo que siga siendo, mas teniéndooos a vos junto a mí, en persona, a mi lado, como mi señora esposa, la dueña de mi destino y mi corazón.

¡Ay, Dios! ¡Ay, virgencita! ¡Qué aberración maravillosa!

-No habéis contestado a mi pregunta. ¿De dónde habéis sacado el retrato?

-Se dice el pecado, mas no el pecador...

-No os entiendo. ¿A qué viene tanto misterio?

-¿No os conforman mis palabras, mi declaración de amor y devoción?
¿Qué más queréis saber de mí y de mis intenciones si os entrego mi corazón y mi vida? ¿Qué verdad más íntima puede haber?

Agnes recapacitó. Se había quedado sin palabras. Estaba desorientada, perdida irremisiblemente. Edward la había atrapado, se había adueñado de su voluntad, poseía un poder embrujador, hipnótico, que derribaba todas las barreras, que desactivaba los frenos y desbarataba las prevenciones, las dudas, los celos. ¡Qué hombre, cielo santo, qué bien hablaba, qué seguridad la suya, qué contundencia en sus afirmaciones, qué insultante masculinidad ponía de manifiesto, derrochaba virilidad y fuerza por los cuatro costados!

¿Y ella? ¿A qué había quedado reducida? A una insignificancia, a una nadería. Ya no deseaba pintar paisajes, qué esbozos ñoños e insulsos. Ya no quería coser ni bordar, qué actividad sin propósito. Nunca más tomaría clases de piano, ni clases de canto ni clases de baile. Edward sustituía todo eso. Él sería sus paisajes. Él bordaría sus sueños y cosería los desgarrones de su corazón vulnerable e inseguro. Él reemplazaría las teclas del piano con su cuerpo musculoso y escultural. Y el canto de su voz volvería innecesario entonar cualquier otro cántico. Y su destreza como bailarín ensombrecería a todos los profesores de baile habidos y por haber.

-¿Qué decís?

-No sé qué decir.

-Os ruego una respuesta.

-¿Ya?

-Para eso estoy aquí. He viajado a Inglaterra con el único propósito de asistir a esta celebración y pedir vuestra mano.

Desde luego Edward no parecía mentir. Su petición de mano era real, iba en serio. De lo contrario no seguiría a su lado, bailando sin interrupción. ¿Cuántas piezas habían bailado ya? ¿Cuatro? ¿Cinco? Edward no había bailado con ninguna otra durante tanto tiempo. Los vals se atropellaban, uno detrás de otro, sin pausa, sin que su abrazo se deshiciese, sin que se deshiciese el hechizo, qué embrujo maravilloso, ni el más perverso filtro brujeril conseguiría obrar ese exorcismo que atentaba contra el sentido común y la prudencia.

Y pensar que padre siempre he dicho de mí que soy la más cabal de entre sus tres hijas, se dijo Agnes, sintiendo una punzada de culpa por dar crédito con tanta facilidad al discurso de ese desconocido y validar en su fuero interno aquellas pretensiones desquiciadas, irreales, ilógicas, que la razón no podía sostener con sus sabios y ponderados juicios. ¿Pero qué otra cosa podía hacer que ceder, entregarse a la ilusión, aceptar, dar por buenas sus explicaciones y dejarse llevar por ese anhelo de felicidad que Edward de pronto materializaba, poniéndolo a sus pies?

-No me gusta Escocia.

-Os gustará.

-No quiero abandonar Inglaterra.

-Lo haréis. ¿Qué os retiene aquí en verdad? ¡Nada!

Cierto...

-Mi padre no aceptará.

-Ya ha aceptado.

Agnes sintió que se petrificaba, aunque siguiese dando vueltas y viera dar vueltas la enorme lámpara de araña del techo. Sintió que perdía sensibilidad, que se transformaba en un muñeco de trapo ajeno a la realidad circundante, aunque oyese los ladridos del perro de lanas de la marquesa de Salisbury y los altisonantes comadreos de tía Emma y sus adláteres y la envidiosa vigilancia de sus hermanas, de Juliet, que no se podía creer lo que estaba viendo, lo que estaba pasando, y de Beatrice, igualmente pasmada y horrorizada, porque también ella aspiraba a ocupar su lugar en los brazos de Edward, a ser ella la elegida.

-¿Habéis hablado con mi padre?

-En efecto, lo hice antes de iniciarse el baile, cuando me recibió en Old House.

-¿Y qué os ha dicho?

-Que accede al casamiento.

-Pero eso es ridículo. ¿No os ha puesto ningún reparo?

-No.

-¿No os ha hecho ninguna pregunta?

-Las habituales en estos casos.

-¿Y le parece todo bien?

-Perfectamente.

En un giro del baile Agnes se encontró con la mirada arrasada de envidia de Vivian, la primogénita del duque de Somerset. Nunca la había visto así, con su bello rostro desfigurado por sentimientos sañudos que le reconcomían el corazón y el amor propio y la laceraban profundamente. Por primera vez había perdido, ya no era ella la protagonista absoluta, hoy no, hoy le tocaba a ella ser la protagonista indiscutible, la triunfadora de la velada, la número uno, qué extraña sensación serlo, qué inexplicable, aun sabiendo que quizá se lo merecía, después de todo, sí, ¿por qué no? ¿Por qué había de ser Vivian, la engreída y presuntuosa Vivian, esa pelirroja artificial y oportunista, mejor que ella, mejor que su corazón y sus buenos sentimientos y su voluntad de casarse y crear una hermosa familia, una familia envidiable que sirviera de ejemplo y espejo al mundo entero?

Agnes volvía a sentirse atorada por la indecisión. Deseaba hacer un montón de preguntas a su inesperado pretendiente, que tan claras tenía las cosas, al parecer, pero no sabía por dónde empezar. ¿Cuál de esas preguntas sintetizaba mejor su perplejidad, su miedo, su desconfianza y su turbación?

-¿Entonces ya está decidido?

-Más que eso, me temo. Es cosa hecha...

Agnes se sintió súbitamente sulfurada, encorajinada. Sintió una amarga indignación abrasándole el pecho.

-¡Qué descaro! ¿Y mi opinión no cuenta?

-No os lo toméis a mal, no malinterpretéis mis palabras, quizá no me he expresado adecuadamente. Claro que cuenta vuestra opinión, en verdad vuestra opinión es lo que más cuenta, lo único que cuenta, porque todo lo demás queda supeditado a ella y sin ella nada ha de hacerse.

-Ajá...

Desde luego Edward tenía un pico de oro, qué bendición, qué verborrea, ese hombre tenía respuestas para todo, nada le sorprendía, ante nada se sentía empequeñecido, parecía hallarse más allá del bien y del mal, entronizado en su regia poltrona de seguridad.

-¿Habéis hablado con mi madre?

-No lo he creído conveniente. Tengo entendido que es una mujer enferma. Aunque no tengo ningún inconveniente en hacerlo si vos lo creéis conveniente.

-¿Y habéis hablado con mi tía Emma? Porque supongo que conocéis a mi tía Emma, la hermana de mi padre.

-Desde luego que la conozco y sí, he de deciros que he hablado con

ella.

-¿Qué os ha dicho?

-Nada digno de reseñarse, me temo.

-¿Está al corriente de vuestras intenciones?

-En efecto, ha sido uno de los temas que hemos tratado.

-¿Y qué opinión le merecen a ella vuestras intenciones?

-Está de acuerdo. Le parece todo muy bien. No ha puesto ningún reparo, por lo que he podido traslucir de sus palabras.

-No es posible.

-¿Por qué? ¿Tan extraño os resulta que aspire yo a vuestra mano? ¿Qué tiene de sorprendente?

-¿Habéis oído hablar de la maldición que pesa sobre mí y mis hermanas?

Edward se demoró en contestar. Vacilaba, era evidente y notorio. Se retorció de dudas ahora él detrás de la máscara. Casi podía percibir el sonido de su respiración agitada. ¿O no eran más que imaginaciones suyas? ¿Por qué se había puesto rígido? Sí, estaba tenso, se percibía en sus brazos, de improviso agarrotados, en la repentina torpeza de sus giros. Era como un bloque de piedra. La maldita maldición ahora también lo había paralizado a él. ¿Sería un efecto reverberado del filtro bruja que habían tendido sobre ella y sus hermanas?

-¿Quién no ha oído mencionar esa maldición?

-¿Qué sabéis de ella?

-Poca cosa la verdad. Lo que se cuenta en los corrillos murmuradores, nada más.

-¿Hasta Escocia ha llegado ese chisme?

-Me temo que sí, es una vergüenza.

-¿Vos creéis en esa maldición?

-No. Los escoceses no somos supersticiosos. Y tampoco damos pábulo a la palabrería de los ociosos que se dedican a inventar patrañas.

-¿Entonces consideraréis que esa maldición es una patraña?

-Ni más ni menos. Y vos haríais bien pensando lo mismo.

Agnes asintió. Qué alivio, qué descargo de su conciencia atribulada, qué felicidad inesperada. Se le abrían de improviso las puertas del cielo. Por fin dejaba atrás ese insufrible averno de temores, de noches de insomnio, de sudores fríos y palpitaciones. Porque ella había dado mucha importancia a esa odiosa maldición, aunque no hubiese querido reconocerlo ante Juliet. También a ella la maldición la había aherrojado durante mucho tiempo, anulando sus aspiraciones de mujer, zambulléndola en un mar de complejos e inseguridades.

Más vueltas, más acordes de vals, más mareos. Agnes ahora se encontró con los ojos arrasados de pena de su hermana Juliet. Qué dolor sentía la pobre, se sentía derrotada y muerta y hecha añicos. Tendría que recoger

cada fragmento de sí misma, rebañarlos todos del suelo, para recomponerse a sí misma. Se sabía perdedora y la sabía a ella ganadora. Me he llevado el gato al agua yo, querida, aun siendo tú tan brillante, tan chispeante, tan arrolladoramente atractiva, casi tanto como Vivian, pensó Agnes, feliz y contenta de estar en los brazos de Edward y de que Edward le hubiese pedido el matrimonio y estuviese rendido a sus pies, qué extraño, la vida cambiaba de la noche a la mañana, de un momento a otro, con un leve parpadeo o un suspiro, era un cuento o un sueño o una fábula legendaria hecha realidad, aunque en otros momentos, durante la mayor parte del tiempo, se eternizase en la desdicha, inamovible, prolongando indefinidamente su dolor y su desaliento, extraño, muy extraño.

También se cruzó Agnes con la mirada de Beatrice, la pequeña de las hermanas, la desconocida, la inquietante y misteriosa, casi tanto como Edward, el enmascarado escocés, su futuro marido, puesto que todo estaba ya hecho, como decía él, y su opinión poco contaba, aunque él sostuviese lo contrario, su opinión no tenía valor, era irrelevante, porque estaba cantado que ella aceptaría, qué otra cosa podía hacer, sería estúpido negarse y decir no para luego seguir reafirmandose en la desdicha, en la soledad y la tristeza de una vida sin propósito.

Beatrice estaba aún más afectada que Juliet, aún más dolida. Su desolación era preocupante, alarmante. Qué ojos vacíos. Qué expresión de

acabamiento. Su cuerpo desmadejado recordaba ahora tan bien al de madre, al de la encamada y pobre Florence que se había ido amustiando con el paso del tiempo, como una hoja seca, como el fruto caído del árbol que se pudre y luego queda reducido a un hueso duro, mínimo, impenetrable.

Pobre Beatrice. ¿Qué sería de ella? ¿Y qué sería de Juliet? ¿Qué sería de sus queridas hermanitas? Porque las quería y mucho, debía reconocerlo, aunque no se hubiesen tratado mucho, aunque no hubiesen compartido muchas cosas, aunque fuesen unas desconocidas, en cierto modo, a pesar de ser hermanas, de tener el mismo padre y la misma madre y a pesar de vivir bajo el mismo techo y haberse criado juntas.

Beatrice se refugiaría en sus caballos, en sus galopadas frenéticas y alocadas, en sus pensamientos delirantes, en su mundo interior. Y Juliet se refugiaría en sus lecturas, en los libros de padre, se refugiaría en el despacho de padre, en los objetos íntimos de padre, en su biblioteca interminable, en ese ámbito donde padre también se refugiaba huyendo del mundo, huyendo de su propia familia, de sus hijas y su mujer y quizá también su propio destino que quizá era de perdición aunque ellas, sus hijas, se resistiesen a reconocerlo, salvo quizá Juliet, la inteligente Juliet, la osada Juliet que seguiría suspirando por su ansiado destino aventurero mientras ella se iba a Escocia con Edward para casarse con él y formar una familia de ensueño.

Luego Agnes reparó en su madre. Pobre. Desgraciada Florence. ¿Qué

había sido de ella? ¿A qué había quedado reducida? Su corazón apenas latía, breve y levemente, a punto de expirar, bajo esa manta de piel de camello que le había puesto sobre las piernas el ama de llaves. Qué destino más repelente y repulsivo. Ella no quería ser igual que madre, no compartiría su castrante experiencia vital, no moriría en vida como ella, qué pesadilla, era lo peor que le podía pasar a una mujer. Florence era una larva, un gusano, estaba ya enterrada en el ataúd de su desdicha aunque en apariencia continuase en el mundo de los vivos.

Agnes se preguntó si sentía amor por su madre y se contentó que sí, claro que sentía amor por ella, igual que sentía amor por su padre, aunque ambos fuesen igual de espectrales, aunque no le hubiesen transmitido la más leve brizna de afecto, aunque nunca sintiese su condición de padre y madre gravitando sobre ella, sobre su naturaleza de jovencita necesitada de calor humano, de complicidad y consejos o por lo menos de cordialidad.

De improviso Agnes fue consciente de lo que estaba ocurriendo en su ánimo. ¡Me estoy despidiendo!, se dijo, pasmada, mientras proseguían las vueltas del baile. Adiós a Old House y a todo lo que significaba Old House. ¡Caramba, qué dicha! ¡Se moría de ganas de salir corriendo de allí! No le importaba abandonar Inglaterra y dejar de ser inglesa. No le importaba irse a vivir a un país de bárbaros que trataban por igual a las mujeres y a los caballos. Cualquier cosa con tal de abandonar ese lugar de pesadilla y dejar

de ser lo que era, lo que había sido ella hasta entonces, hasta ese momento en que Edward, Señor de Glencairn y O'Groates, viniese a reinventarla, a hacer de ella una persona diferente.

-¿Os sentís bien?

-Sí, perfectamente.

-Me pareció que os sentíais indispuesta.

-Estoy bien, Edward, os lo aseguro. ¡Estoy perfectamente! ¡De maravilla!

-Me alegro. Me alegro de veras. No deseo otra cosa que haceros feliz. Es mi único propósito en la vida, Agnes...

¡Cielos, qué bien sonaba su nombre desleído en los labios de príncipe azul!

-¿Entonces?

-¿Entonces qué?

-Aguardo vuestra respuesta...

Oh, sí, claro, desde luego, qué descuido imperdonable, quedaba pendiente la confirmación.

-Agnes de Lovenport, ¿deseáis casaros conmigo?

Agnes sonrió de verdad, sin fingimientos, sin emplear una de sus afectadas sonrisas automáticas, por primera vez en mucho tiempo, de oreja a oreja, sonrió con el alma y el corazón, sonrió por el presente, el pasado y el

futuro, porque esa sonrisa suya que le salía de las entrañas condensaba todas sus expectativas e implicaba a su naturaleza femenina de cabo a rabo.

-¡Sí, Edward, Señor de Glencairn y O'Groates, acepto tomaros por esposo!

Sally no sabía por dónde empezar y por dónde terminar, todo era un caos, un monumental caos donde se ahogaba, un océano de incertidumbre y miedo, un bosque aterrador donde se perdía cada día, al levantarse y al deambular por aquella vida suya absurda y al acostarse, qué locura, qué aberración, qué desequilibrio de los sentidos, qué dolor del alma. Su corazón estaba marchito. Sus pensamientos estaban marchitos. Ya no sabía quién era, qué debía hacer, a dónde ir. Se sentía siempre confusa, desorientada, aterrorizada, ida, con la conciencia prendida en un punto incierto del vacío.

-Creo que estoy loca –dijo.

-Claro, mujer, aquí los estamos todas –dijo Lulu.

Sally observó a Lulu. Era joven y hermosa, más joven y hermosa que ella misma. ¿Qué hacía allí? ¿Qué hacían ambas allí?

-¿Por qué estamos aquí?

-Qué pregunta más tonta. Porque estamos locas, hija, ya te lo he dicho.

Esto es un manicomio para mujeres, una casa de locos para mujeres. Por eso

nos han encerrado aquí como a perras y nos tratan peor que a perras. Para ellos, los hombres y las mujeres que nos cuidan, no somos nada, no significamos nada, no tenemos valor, somos peor que animales, porque por lo menos los animales sirven para algo, algunos animales son bestias de carga y otros animales son animales de compañía y otros animales se comen, ¿entiendes? En cambio nosotras no servimos para nada y además somos una molestia y una carga muy grande porque cuesta mucho dinero mantener este manicomio, esta casa de locos, y encima no paramos de dar problemas, no paramos de pelearnos, de decir obscenidades, de gritar, de romper cosas, de cagarnos y mearnos encima y todas esas cosas asquerosas y repelentes que hacemos las locas, ¿entiendes?

Sally miró fijamente a Lulu. No se podía creer lo que estaba oyendo.

-¿Estamos locas?

-Claro, ya te lo he dicho.

-¿Y esto es un manicomio?

-¡Que sí, tonta, ya te lo he dicho! ¡Ten cuidado aquí con todo el mundo!

¡No te fíes de nadie! ¿Me has oído? Esto es una casa de locos, y nunca mejor dicho. Aquí puede pasarte cualquier atrocidad, querida. Aquí no hay leyes, bueno, las justas, las leyes que dictan ellos, los doctores, pero tampoco puedes fiarte de los doctores, hija. Todos son malos, menos uno. ¡Mierda, Sally, es lo que hay! Vivimos en un mundo de bestias desalmadas. Andrew es el doctor

bueno, a mí me gusta llamarlo Andy cariñosamente. Está como un pan, hija, y es el más joven de los doctores. Además tiene buen corazón y es súper educado y atento, estamos todas enamoradas de él, hasta las locas viejas están coladitas por Andy, ¿te quieres creer? No pongas esa cara, Sally, hija, te hablo muy en serio, me tomo la molestia de contarte todas las cosas para que estés avisada. Lo reconocerás enseguida a Andy. Es muy elegante y muy fino, dicen que es irlandés aunque yo no lo sé, se nota a la legua que es de buena familia, de buena cuna, tiene unos ojos, madre mía, qué ojos tiene, cuando me mira siento mariposas por todo el cuerpo.

-Tú estás loca, ¿verdad?

-Claro, hija, ya te lo he dicho, aquí lo estamos todas, aunque unas más que otras, te lo aseguro, ya lo verás tú misma con tus propios ojos.

-¿Quién es Andy?

-En doctor bueno, Andrew, que está como un pan, para comérselo. Es el único doctor bueno. Los demás son malos, unos hijos de puta, en especial Morgan.

-¿Morgan?

-Sí, Sally, Morgan, ten mucho, mucho cuidado con ese hombre, es un malnacido, un hijo de mala madre, un cabrón. Y además de ser doctor es el que dirige el cotarro, es el doctor del manicomio, el que dicta las reglas. Los demás doctores tienen que obedecerlo, incluso Andrew, aunque al pobre

Andrew le gustaría no tener que obedecer a Morgan, porque sabe que Morgan es un desgraciado que se aprovecha de nosotras. Morgan es un depravado, un degenerado, un viejo verde, aunque no pase de los cincuenta años. Se dedica a violar a las mujeres que le gustan, a aprovecharse sexualmente de ellas, y además a algunas las pega, porque eso le pone, lo excita mucho, lo vuelve loco, aunque no lo vuelve loco como a nosotras, supongo, su locura es un tipo de locura diferente, supongo, que no le obliga a estar encerrado en un manicomio como nosotras.

-Morgan...

-Sí, Morgan, no te olvides nunca de ese nombre, querida. Debes mantenerte apartada de ese hombre, aunque él te buscará, tenlo por seguro, irá a por ti, como ha hecho con todas las locas que le gustan, es un degenerado, tiene unos impulsos que no puede aguantar, un poco como nos pasa a nosotras, las locas, ¿entiendes?

-¿Quién es Morgan?

-No te preocupes, en seguida sabrás quién es, es inconfundible, no tiene pérdida, no hace falta que te haga un plano para que sepas quién es, vendrá él a ti, te lo he dicho. Morgan siempre viene, puntual como un reloj, es una pesadilla, una condena, como muchos hombres, supongo, porque muchos hombres son una pesadilla y una condena, por eso hay tantas locas, por eso estamos nosotras aquí encerradas como perras, Sally, porque ninguna de

nosotras ha nacido loca, nos han hecho locas ellas, los hombres, y luego nos han encerrado aquí para seguir jodiéndonos la vida, para jodernos la vida tan agustito y tan calentitos, sin distracciones ni molestias, porque así funciona el mundo, hija, ellos son los que mandas y a nosotras nos toca jodernos, es lo que hay, ¿entiendes? Así que ni se te ocurra hacer preguntas, eso que ni se te pase por cabeza, ¿me has oído? No protestes ni hagas preguntas, por Dios, eso está prohibido, muy prohibido. Sólo puedes hacerle preguntas a Andrew, pero él, pobre de él, no puede contestar a tus preguntas porque él también está aquí prisionero y se conforma con aliviarnos un poco, es como un sacerdote, un hombre de Dios en los infiernos que tiene las manos atadas, ¿me entiendes? Y Morgan es el poderoso Satán.

-¿Morgan?

-Es un carroza de casi cincuenta años, no como Andrew, que andará por los treinta y está como un pan, ya te lo he dicho. Morgan tiene una cicatriz en la mejilla derecha porque una vez se batió en duelo con un novio agraviado porque Morgan se había acostado con su prometida, supongo que la había violado, porque Morgan no es de los que te pide tu opinión, si le gusta algo lo toma y punto, ¿entiendes? Es una cicatriz fea, que le deforma un poco el ojo izquierdo porque el tío que le dio la estocada lo hizo a conciencia, para dejarle la cara marcada de por vida, por eso parece que Morgan te mira siempre muy raro, con la mirada asimétrica, ¿me entiendes? Es como si nunca

supieses a quién está mirando y qué está pensando porque el ojo izquierdo tira para cualquier lado aunque parezca que el derecho te está mirando fijamente.

-... para cualquier lado aunque parezca que el derecho te está mirando fijamente.

-No quiero asustarte pero la verdad es que Morgan es para asustarse, por lo menos hasta que te acostumbras a él, al principio te aterroriza de veras, porque es imprevisible y te humilla a conciencia, pero luego le tomas la medida y sabes a qué atenerte, te acostumbras a él, a soportarlo, porque no te queda otra, aquí no hay más remedio que aguantar a Morgan, de lo contrario te dan matarile, han muerto varias por resistirse a Morgan, ¿entiendes? Te lo digo para que estés avisada, Sally, porque te quiero bien, me caes bien, me gustas, me gustas mucho, y no quiero que te den matarile, ¿me entiendes?

-¿Matarile?

-Ahora estás un poco confusa y desorientada porque te han metido esas porquerías en el cuerpo, lo hacen siempre, lo hacen al principio, cuando llegas aquí, para volverte loca si has llegado cuerda o para volverte loca de remate si sólo has llegado medio loca y para desahuciarte del todo si has llegado loca de remate. Con esas mierdas que te meten en el cuerpo consigues que te olvides de todo, de ti misma, de lo que eras en el pasado, de las cosas que hacías en el pasado, de las cosas que te han pasado, de todo eso. Borrón y cuenta nueva, ¿me entiendes?

-Yo no hago borrón y cuenta nueva pero no sé si estoy loca y no sé por qué estoy aquí.

-No te preocupes, ya se te aclarará un poco la mollera, Sally, a todas nos pasa al principio que estamos hechas un lío y no nos enteramos de nada, es lo normal, tú no eres diferente, ni mejor ni peor que las demás, ¿entiendes? Tú no eres especial, Sally, tú eres una más, aunque a ti te parezca otra cosa.

-A mí me parece otra cosa.

-Ya lo sé, por eso te lo digo, yo ya he pasado por todo eso, te lo juro.

Sally vio que Lula posaba la mano en su mano, vio que Lula acariciaba su mano.

-¿Por qué haces eso?

Lulu sonrió y los ojos le brillaron.

-¡Anda, porque me gustas, tonta!

Sally vio que Lulu se acercaba a ella. Estaban en un asiento para varias personas, así que Lulu podía acercarse a ella todo lo que quisiera. Pero se había acercado demasiado. ¿Por qué se acercaba tanto? Ahora sentía que sus cuerpos estaban juntos, estaban pegados, muy pegados. Lulu olía bien, tenía un olor dulce y suave. Pero Sally no supo a qué olía, no supo definir su olor, no podía compararlo con otra cosa, no le sugería nada, aunque le gustaba, era un olor dulce y suave, muy dulce y suave.

-Hueles bien.

-Gracias, Sally, cariño, tú en cambio hueles fatal por esas mierdas que te han metido en el cuerpo, tienes un olor químico, apesta a química, porque ese olor no se va aunque te laves muchas veces, aunque te laves a fondo, ¿entiendes? Ese olor tarda varios días en marcharse, debes tener paciencia y portarte bien, como una niña buena, para que se convenzan de que eres una niña buena y no necesitan meterte más basura en el cuerpo para que te olvides de todo y te olvides de quién eres y por qué estás aquí y te olvides de las cosas que te han pasado, así eres un animalito dócil, como quieren ellos y dejas de ser persona, te conviertes en una muñeca de trapo con la que pueden jugar para sacarse el semen de dentro y luego limpiarse el pene contigo, con tu trapo de muñeca, bueno eso es lo que hace Morgan, los demás están al servicio de Morgan, son sus esclavos, sus lacayos, sus sirvientes, incluso Andy, el pobre, que es más bueno que un pan y está como un pan y un bizcochito la mar de sabroso y sería estupendo acostarse con él, con él sí que estaría bien acostarse, te lo juro, aunque él no es de esa clase de hombres, no es un perverso, tiene principios, sí, es un hombre con principios, temeroso de Dios, que se siente tan perdido como nosotras en esta casa de locas, en este manicomio que en realidad es el reino de Morgan, sí, eso es precisamente este antro, el reino de Morgan, de Satán, el más malo, el más cabrón y desalmado, porque el mal en estado puro existe, ¿sabes, Sally?

Sally vio que Lulu seguía acariciándola, ahora le acariciaba otras

cosas además de las manos, le acariciaba las rodillas y el vientre, tenía Lulu unas manos muy suaves y decididas y también dulces, como su olor, eran manos finas y delgadas, con las uñas rotas y ennegrecidas, era una pena, porque Lulu era muy guapa, tenía una cara muy mona, muy dulce, como su olor, y los ojos le brillaban y eran chispeantes, le gustaba que la mirasen los ojos de Lulu y les gustaba estar a su lado y hablar con ella y escuchar el sonido de su voz, le gustaba su voz pero no conseguía definir por qué le gustaba, no podía recordar nada parecido a su voz, no podía comparar otra cosa con su voz.

-Me estás acariciando.

-Sí, cariño.

-¿Por qué?

-Porque me gustas, Sally, me gustas mucho, ya te lo he dicho.

Las manos de Lulu jugueteaban sobre sus rodillas desnudas y trepaban un poco por sus muslos.

-Lo bueno de hacer sexo entre mujeres es que no hay peligro de hacer hijos luego, ¿sabes, Sally? Aquí muchas hacemos sexo entre mujeres, no nos queda otra, es la única alegría que tenemos, el único desahogo, a mí antes no me gustaban las mujeres pero me he acostumbrado y ahora me gustan, bueno, no todas, me gustas por ejemplo tú, me gustas mucho, contigo me pasaría la vida entera haciendo sexo, te lo juro, aunque en realidad, como nos pasa a todas, incluso a las viejas, me gustaría hacer sexo con Andy, pero eso

pertenece a otra vida, al pasado que ellos me hicieron olvidar con sus potingues y ahora sólo puedo pensar en las mujeres para hacer sexo, los hombres están descartados, no son para mí ni para ti ni para ninguna de las que estamos aquí, son fruta prohibida, es lo que hay, hay que aceptarlo, ¿entiendes?

-Me gusta que me acaricies.

-Y a mí me gusta acariciarte, cariño, ¡me encanta! Además podemos hacerlo libremente, despreocupándonos, porque a Morgan le excita mucho ver a las mujeres haciendo el amor, a veces se masturba como un loco, escondido en cualquier rincón, mientras nosotras, las locas, hacemos el amor entre nosotras, así que no te preocupes, que no van a castigarnos, podemos acariciarnos todo lo que queramos, es la única cosa buena que no está prohibida en esta casa.

-... no está prohibida en esta casa.

-A Morgan le pone un montón, se vuelve loco viendo cómo nos besamos en la boca, chupándonos las lenguas y acariciándonos mientras nos desnudamos y nos quedamos en paños menores o en pelotas. Esta casa está perdida de la mano de Dios, el mundo de ahí fuera no se entera de las cosas que pasan aquí y Andrew aunque quisiese no puede cambiar nada por la sencilla razón de que Morgan es el dueño de todo esto, Morgan es inmensamente rico, querida, le sobra el dinero, lo sé porque es mi tío y yo lo conocía antes de entrar aquí, aunque no tenía ni idea de cómo es Morgan en

realidad. Todo es muy absurdo y ridículo pero no es por ello menos cierto, querida, es lo que hay, Morgan es feliz aquí aunque podría vivir en cualquiera de sus mansiones como un hombre corriente, formal, con su mujer y sus hijas. No, a Morgan le da igual ser un hombre corriente y formal, no le motiva, aunque de hecho tiene mujer e hijos, tiene familia, como los hombres normales, y a veces va a ver a su mujer y sus hijos para aparentar que todo está bien, que nada ha cambiado y el mundo sigue girando como si tal cosa. Es muy frecuente que los hombres tengan una doble vida, querida, ya te darás cuenta tú misma si es que te tienes que dar cuenta, a lo mejor no, cada una tenemos nuestro destino y unas nos enteramos de unas cosas y otras de otras cosas y algunas no se enteran de nada y se pasan la vida entera en las nubes, ¿entiendes?

-Sí. No. No lo sé. No sé si lo entiendo.

-No te preocupes, eso es normal, ahora estás confundida y desorientada, te ha jodido a base de bien para que seas una muñeca de trapo de Morgan, el encantador de serpientes y leones. Por eso vino Andy, me lo confesó hace tiempo. Andy se ha propuesto acabar con esta mierda y está engañando a Morgan, le está haciendo creer que pertenece a su sociedad secreta, como los otros doctores y como los enfermeros, Andy le hace creer a Morgan que le ha lavado el cerebro a él también, por eso se alistó en su sociedad secreta, porque Morgan tiene una sociedad secreta, ¿sabes? Allí, en

su sociedad secreta, a veces hacen sacrificios, dan matarile a una mujer para hacer alabanza a sus dioses o lo que sea, son sacrificios rituales, ¿sabes? Por eso a veces dan matarile aquí a una de nosotras, a la que se resista a Morgan y se niegue a que Morgan se aproveche de ella, así matan dos pájaros de un tiro, por una parte Morgan se quita de en medio a una rebelde que da mal ejemplo a las otras y por otra parte hace un sacrificio ritual en su sociedad secreta, así es como funciona el mundo, ¿entiendes? ¡Y pensar que Morgan es íntimo amigo del rey de Inglaterra y de todos los duques y todos esos personajes de relumbrón que se reparten el pastel! Me pregunto cuántos de esos personajes pertenecen a la sociedad secreta satánica que ha fundado Morgan. ¿Estará también allí metido el rey de Inglaterra? Yo conozco a algunos aristócratas de relumbrón que pertenecen a la sociedad secreta, ¿sabes, Sally? Por ejemplo al duque de Lovenport, ése es tan malo como Morgan, te lo juro, es su mano derecha, lo sé de buena fuente porque mi madre estuvo liada con ese malnacido, Henry, se llama.

-¿Henry?

-Sí, hija. ¿Te suena de algo?

-¿El duque de Lovenport?

-Sí, ese desgraciado. También utilizan a los niños para los sacrificios rituales, me lo ha dicho Andy.

-¿Niños?

-¡Los bebés, tonta, los recién nacidos, los hijos que paren las mujeres locas a las que viola Morgan! Por eso ésa es mi peor pesadilla, que un día me quede embarazada, sería terrible, ¿no crees? Andy me ha dado unas pastillas para que no me quede embarazada, porque yo soy una de las favoritas de Morgan y viene muchas veces a acostarse conmigo, pero no me fío de esas pastillas, Andy dice que no son seguras totalmente y sería una ruina y un desastre quedarme embarazada, ¿sabes? Creo que no podría soportarlo, todo me parecería insoportable, el embarazo, tirarme tantos meses con la barriga llena y sobre todo que luego me quiten a mi hijo aunque no sea un hijo querido, aunque su padre sea Satán y el Diablo en persona, porque no dejaría de ser mi hijo, digo yo, y lo querría y para mí sería horrible que me lo quiten, sobre todo sabiendo que me lo quitan para hacer un sacrificio ritual en la sociedad secreta y satánica de Morgan, un sacrificio a sus dioses malvados, es decir, a Satán, que debe de tener dos caras también, como la mayoría de los hombres, porque hasta Andy tiene dos caras, está el Andy que pertenece a la sociedad secreta de Morgan y que colabora aquí con Morgan y el Andy que habla conmigo y me cuida y me da pastillas para no quedarme embarazada y me dice que va a acabar con todo esto, que él ha venido a acabar con todo esto.

-Dos caras.

-Sí, hija, Satán tiene la cara que se ve en las pintura, donde es una especie de cabrón, un bicho raro rodeado de llamas, con la cola de serpiente o

algo así, y Morgan, que es su cara humana. Todas las cosas tienen dos caras, hijas, como nostras, que tenemos la cara del tiempo en que no estábamos aquí y la cara que tenemos ahora, en el reino de Morgan.

-El reino de Morgan.

-Eso es.

Sally sentía ahora las caricias de Lulu por todo el cuerpo. Sus manos cálidas le acariciaban los pechos y los muslos y la entrepierna.

-¿Te gusta?

-Sí.

-¿Quieres hacer el amor conmigo?

-¿Hacer el amor?

-Quiero decir que si quieres hacer lo que estamos haciendo.

-Sí quiero.

-No quiero obligarte, ¿sabes? No quiero aprovecharme de ti, sé que estás drogada y tienes un montón de mierda encima, en realidad debería esperar una semana para hacer esto, deberíamos esperar las dos una semana a que se te pasen los efectos de la mierda que te han metido en el cuerpo, pero también sé que necesitas esto, Sally, lo necesitas para superar lo que te está pasando, para aceptarlo y ser fuerte, porque tienes que ser fuerte, ¿sabes? Es muy importante que seas fuerte, Sally, por todo lo que te va a venir encima, tienes que ser la mar de fuerte cuando Morgan venga a ti, de lo contrario

corres el riesgo de convertirte en uno de sus sacrificios rituales, ¿me entiendes? Por eso tienes que aprender rápidamente, tienes que aprender rápidamente a tragar la otra mierda, el otro tipo de mierda, que en realidad es peor, porque cuando te venga esa mierda serás consciente de lo que te está pasando, serás consciente de que te está violando Satán y eso es muy duro de tragar, te lo aseguro, te lo garantizo, hija, yo he pasado por eso y me faltó un pelo para cagarla porque no sabía nada, no sabía que si la cagaba me convertiría en sacrificio ritual, eso me lo dijo luego Andy, que me lo explicó todo claramente y me hizo prometer, me hizo jurar y darle mi palabra de que no le contaría todo esto a nadie y la verdad es que no se lo he contado a nadie, he cumplido mi palabra como una buena cristiana, no sé por qué te lo cuento a ti, quizá lo hago porque creo que eres como yo, eres igual que yo, eres una buena chica con un buen corazón y sé que puedo confiar en ti, lo presiento.

Sally y Lulu se besaron durante un rato en la boca, con delicadeza y ternura, mientras Lulu deslizaba la mano derecha por debajo de la falda para acariciarle los muslos y la entrepierna y por debajo del escote para acariciarle los pechos. A Sally le gustaban esas caricias, le hacían sentirse muy bien. Y le gustaba mucho besar los labios calientes y carnosos de Lulu, aunque lo hacía torpemente porque no sabían bien cómo hacerlo. Le gustaba la lengua vivaz y juguetona de Lulu, le gustaba cómo restregaba su propia lengua, cómo le lamía los labios. Y le gustaban los besos sonoros de Lulu estallando contra sus

labios. ¡Se sentía tan bien con todo eso!

-¿Estás excitada, cariño?

-Sí, estoy excitada.

-¡Cielos, estás súper caliente, Sally! ¡Estás empapada!

-¿Empapada?

-Es lo que pasa cuando una se excita, ¿sabes? Se te empava el sexo, es como si el sexo llorase de felicidad, por eso cuando estás excitada te empapas con las lágrimas de felicidad de tu sexo.

Lulu la desvistió.

-¿Tienes frío?

-No.

-¡Me encanta comerte las tetas, cariño! Son preciosas, tienes unos pechitos encantadores, riquísimos, deliciosos, justo como a mí me gustan, y se nota que eres virgen, hija. ¿Te gusta que te meta el dedo? No te pongas así, tensa, tan rígida, que no pasa nada, esto es lo más normal del mundo, es lo que te dije antes, es mejor que lo hagamos ahora, cuanto antes, tengo que romperte el himen para que no lo rompa Morgan, yo voy a desvirgarte, cariño, lo haremos con cuidado, poco a poco, lentamente, me encantas, para que no te duela demasiado, ¿sabes? ¿Quieres seguir adelante con esto, estás segura?

-Sí.

-Confía en mí, Sally, te aseguro que es lo mejor para ti, debes tener

experiencia antes de enfrentarte a Morgan para no aterrorizarte, si te aterrorizas y te bloqueas cuando estés con él será peor, a Morgan le pone enfermo que nos resistamos, le sale toda su maldad, empieza a pegarte con todas sus ganas, le gusta pegar pero también le gusta la sumisión, no le gusta nada que nos resistamos, las que se resisten con uñas y dientes se van directas al sacrificio ritual, ¿me entiendes?

-Sí.

Sally sintió que estaba recobrando la conciencia, era como una tempestad que empezaba a escampar lentamente.

-Me encanta tu culo, hija, tienes un culo muy lindo y bonito, tan formadito, la mayoría de las mujeres tienen el culo plano o demasiado grande, pero tú lo tienes perfecto, hija, qué suerte, como si lo hubiese esculpido un escultor.

Sally se quedó de piedra. Lulu le estaba mordiendo y chupando el culo, lo besaba, pasaba la lengua de un lado a otro y la metía allí dentro...

-¿Te gusta?

-Me alegro. Ahora vamos a ver qué hay por aquí, tienes un montecito de Venus súper delicado, con las hebras súper finas, todo tu sexo es súper delicado y súper fino, me chifla, fíjate qué rosadito es y qué tierno.

Sally dio un respingo. Ahora Lulu le estaba chupando el sexo y se lo besaba y le daba lametones. La lengua de Lulu estaba llena de vida, se metía

por todas partes, era insaciable.

-Estás súper caliente, hija. Me he bebido tus lágrimas de placer. Están ricas, tienen un sabor un poco amargo y un poco agrio pero también muy dulce, como tú, Sally. Ahora prepárate, volveré a meterte el dedo, no te asustes cuando rompa tu virginidad, ¿me lo prometes?

-Sí.

-De acuerdo, vamos allá, relájate, querida, será como un suspiro, déjate llevar por mí, así, respira profundamente, puedes jadear, sé que te gusta.

Lulu la besó. A Sally le encantaba sentir la boca llena de sus labios carnosos y calientes y su lengua vivaz. ¡Le encantaban los besos sonoros de Lulu! Y le encantaba cómo acariciaba su sexo, le hacía sentir escalofríos, le hacía sentir que se derretía por dentro y que se le metía una bocanada de calor, como una estufa.

Entonces, involuntariamente, Sally levantó la mirada y vio un rostro barbado, con una mirada oscura y asimétrica, escondido tras las cortinas. Luego sintió un pinchazo de dolor en la entrepierna. Lulu había metido el dedo hasta el fondo, bruscamente.

-¡Ya está, hija!

Agnes estaba atrapada en la carroza, o por lo menos así se sentía ella, atrapada, como si la hubiesen raptado, como si fuese rehén, en esa rica carroza que olía a madera y a nuevo, con los asientos tan mullidos y cómodos, forrados de terciopelo rojo, rojo sangre, rojo amor, rojo de pétalos de rosa arrancados por una mano invisible y condensados por una mano invisible en ese color intenso que cubría los asientos donde estaban sentados ellos dos, el futuro matrimonio, donde estaba ella, temblorosa, muerta de miedo, y donde estaba él, Edward, el hombre, su señor, el dueño de su corazón, porque así lo había querido el destino.

-¿A dónde vamos?

-A Londres.

-¿No vamos a Escocia?

-No.

-¿Cuándo iremos a Escocia?

-Pronto.

-¿Y cuándo nos casaremos?

-Pronto.

Agnes se preguntó por qué el enmascarado no se quitaba la máscara. *El baile de las máscaras* había terminado, supuestamente, ¿no? ¿Por qué razón conservaba la máscara? ¿Qué ocultaba ese desconocido? ¿Ocultaba su identidad? ¿Ocultaba una malformación facial? ¡Cielos, iba a casarse con un hombre al que no le había visto la cara! A lo mejor era terriblemente feo y repulsivo, quizá tenía el rostro desfigurado. ¿Voy a casarme con un monstruo?, se preguntó, mirándolo de soslayo, con desconfianza, súbitamente aterrorizada, qué absurdo era todo, qué ridículo y delirante, ayer se ahogaba en su soledad y su desamor y ahora iba en una carroza suntuosa camino de un destino diferente, acompañada del hombre que iba a ser su marido, un hombre que había salido de la nada, un enmascarado misterioso que seguía enmascarado aunque ya no estuviesen en el baile de las máscaras.

-¿Tenéis frío, mi lady?

-No.

-¿Hambre?

-No.

-Llegaremos pronto a Londres. Entre tanto podéis recostaros y dormir un poco.

Agnes no tenía ánimos para recostarse y dormir, tenía la cabeza como

un bombo, tenía el corazón como un bombo y hasta las tripas se le revolvían, presas de inquietud, y las manos le temblaban, empapadas de sudor. Edward tenía una voz grave y ronca, autoritaria, el olor denso de su fragancia masculina se mezclaba con el olor a madera y a nuevo de la carroza, sus manos firmes, fuertes, viriles, estaban entrelazadas plácidamente, la máscara miraba el paisaje, también ella debería mirar el paisaje, debería mirar esa aldeana que cargaba una canasta de ropa sucia en la cabeza camino del lavadero, debería mirar los perros callejeros que correteaban por doquiera, el polvo del camino, las casuchas que aparecían aquí y allá y las granjas y los pajares y los establos y los corrales y las caballerizas, allí había una gallina despistada correteando como una loca, igual que ella misma, quizá la gallina se llamaba Agnes y estaba tan perdida como ella misma, luego un gato, un gato negro y enorme, tuerto, y una piara de cerdos grandes y gordos, y un grupo de conejos bien cebados saltando entre los matorrales, y las ovejitas, qué lindas, qué blanquitas, aunque una era negra y más grande que las otras, esa ovejita de llamaba Edward, seguro, era una ovejita hombre, oh, qué absurda y ridícula eres, hija, cómo puedes pensar tantas absurdidades al mismo tiempo, todas juntas, una detrás de otra, como soldaditos de plomo en formación.

-¿No dormís, mi lady?

-No.

-¿Os sentís bien?

-... Sí.

-Quiero haceros feliz, mi lady, es mi único objetivo en la vida.

Oh, qué bien sonaban esas palabras.

-¿Por qué no os quitáis la máscara?

-No es necesario.

-Deseo ver vuestro rostro.

-No es necesario.

-¿No vais a quitaros nunca la máscara?

-No.

¡Qué locura, qué disparate, qué mascarada y nunca mejor dicho!

¿Cómo era eso de que no se iba a quitar nunca la máscara, qué sentido tenía esa estupidez, era una broma, una befa? Un hombre no podía estar enmascarado todo el tiempo, nadie estaba enmascarado todo el tiempo, ¿o quizá se equivocaba? Sí, quizá se equivocaba, en realidad había muchos hombres enmascarados, empezando por su propio padre, Henry, el duque de Lovenport había llevado puesta una máscara toda su vida aunque en apariencia se viese su cara, su cara era la máscara, lo que ocurría era que todo el mundo se había acostumbrado a su máscara y la tomaba por su verdadera cara, había en ello una incongruencia absurda pero esa incongruencia absurda no negaba el hecho de que padre, Henry, el duque de Lovenport vivía con la máscara puesta, como si tal cosa, y se acostaba en la cama con la máscara y tomaba el

baño con la máscara.

-No quiero casarme con un hombre al que no le he visto la cara.

-No creo que lo digáis en serio, mi lady.

-¡No me casaré con vos a menos que os arrebatéis la máscara!

-Tranquilizaos, mi lady. No os pega mostraros vehemente, a vos, que sois el colmo de la moderación.

-¿No me pega? ¿Y a vos qué os pega? ¿Os pega la máscara?

-Pues sí, en efecto, es evidente, nunca mejor dicho, tengo la máscara pegada a la cara, forma parte de mí, como un brazo o una pierna. No podría quitármela sin sufrir menoscabo, hasta podría perder la vida si lo hago, podría morir desangrado y entonces os quedaríais sin marido.

-¡Eso es absurdo! Una máscara nunca puede ser una parte del cuerpo de nadie.

-Os equivocáis, mi lady, la mayoría de las personas viven noche y día con una máscara pues y si prescindiesen de ella quizá perderían la vida. Mi problema, si es que se puede decir que es un problema, es que a mí se me nota la máscara, pero eso es en sí mismo una ventaja, a mi juicio, porque así no engaño a nadie, y menos a vos, ¿no os parece, mi lady?

-¡Pero si la máscara es en sí misma un engaño! ¿Cómo voy a conoceros de verdad si no veo vuestro verdadero rostro?

-¿Quién os asegura que no es la máscara mi verdadero rostro en lugar

de la faz que hay debajo de la máscara? Quizá debajo de la máscara no haya faz.

-¡Nadie nace sin rostro!

-Eso es relativo, mi lady. Yo diría más bien que muchas personas nacen sin rostro, diría incluso que la mayoría de las personas nacen sin rostro.

-¡Qué absurdidad!

-Deberíais pensar detenidamente en ello, mi lady, para comprobar la veracidad de mi afirmación. Pensad por ejemplo en vuestros padres. ¿Acaso ha nacido vuestro padre con rostro? ¿Podéis decirme a ciencia cierta cuál es su rostro? Y lo mismo digo de vuestra madre, Florence. ¿Podríais describirme su rostro?

Agnes se retorció las manos sobre el regazo, presa de ansiedad.

Debían dejar las cosas ahí, estaba claro, no le quedaba más remedio, estaba harta de esa discusión filosófica, no le gustaban las discusiones filosóficas, le aburrían tremendamente, quizá Edward tuviese razón, el problema era que no se podía besar una máscara, a qué sabrían los labios de una máscara, puff, qué horros, qué asco, se negaba terminantemente a besar la máscara, no lo haría nunca, qué pesadilla.

-Miradme, os lo ruego, Edward.

-Como gustéis, mi lady.

Agnes le sostuvo la mirada. ¡Ni siquiera se veían sus ojos a través de

la máscara! ¿Cómo podía ser? La máscara era tan gruesa que los ojos estaban hundidos en las profundas cuencas de los ojos de la máscara, estaban enterrados, apenas se distinguía un pálido brillo de ellos, un leve destello que nada transmitía, nada decía respecto a las emociones de Edward, el hombre que iba a convertirse en su marido.

-¿De qué color tenéis los ojos?

-Lo ignoro.

-¿Cómo vais a ignorarlo? ¿Nunca habéis visto vuestros propios ojos reflejados en un espejo?

-No, ya os lo he dicho, mi lady, todos nacemos con la máscara puesta. Mi problema, si es que se puede considerar un problema, porque a mí me parece todo lo contrario, una virtud, ya que de esta forma no engaño a nadie y menos a vos, mi problema, digo, o más bien mi particularidad, es que a mí se me nota la máscara, a diferencia de los demás hombres.

-Las mujeres no llevamos máscara.

-En efecto, por eso vuestro padre, sabiéndolo, no os obliga a vos y a las demás mujeres a llevar máscara en su famoso evento anual. *El baile de las máscaras* de Old House se rige por la regla específica de que sólo los hombres casamenteros han de llevar máscara.

-No sé qué decir, es todo tan extraño.

-No tanto si lo pensáis bien, mi lady, si lo pensáis con espíritu crítico.

Agnes suspiró profundamente, sintiéndose abatida.

-Nunca se me han dado bien los pensamientos filosóficos y la verdad es que en todo lo que decís percibo un trasfondo filosófico.

-Sin duda lo hay y os honra que lo hayáis percibido, mi lady. Sois una mujer inteligente aunque os resistáis a admitirlo.

Fatigada de tanta palabrería, Agnes se dedicó a contemplar el paisaje. Era la primera vez en su vida que salía de Old House, todo era nuevo para ella, todo era una grata novedad para ella, un grato descubrimiento, una fantástica experiencia aventurera, quizá la que hubiese deseado vivir su hermana Juliet, la aventurera, o su hermana Beatrice, la apasionada. Pero la estaba viviendo ella, ella era la elegida para casarse con el misterioso enmascarado que resultaba haber nacido con la máscara puesta, qué estupidez, y encima ella se veía obligada a aceptar esa estupidez, a darla por válida, a convivir con ella para el resto de su vida, no se lo podía creer, era lo más delirante que había oído en su vida.

Los paisajes se sucedían, las campiñas, los verdes prados, los bosques, los campos de cultivo, las colinas, los montes, los valles, qué viaje más largos, cuánto tiempo llevaban viajando, no creía que Londres estuviese tan lejos, todo era surrealista, todo era irreal, como un sueño, como una pesadilla, y los caballos, cuatro poderosos caballos, relinchaban de vez en cuando, y sus poderosos cascos golpeaban el suelo, levantando una polvareda,

y el cochero elegante no decía esta boca es mía y ahora tampoco Edward decía esta boca es mía, se conformaba con mirar el paisaje a través de su máscara, igual que hacía ella, aunque ella no tuviese máscara, porque las mujeres no tenían máscara, acababa de enterarse, o mejor dicho acababa de tomar conciencia de ello.

No me imaginaba que enamorarse y casarse y encontrar al hombre de tu vida, a tu marido, al amor de tu vida, fuese así, se dijo Agnes, desalentada, derrotada, desencantada. Se sentía defraudada, sus sueños de juventud estaban ahora por los suelos, a ras de tierra, junto al polvo que levantaban del camino los cascos poderosos de los cuatro caballos que tiraban de la carroza que la conducía a su nuevo destino de mujer felizmente casada, presuntamente.

Siguió pasando el tiempo, siguieron pasando los paisajes, las aldeas, los aldeanos, las granjas, los montes y las colinas y los valles, los prados verdes, los bosques, los campos de cultivo, los arrieros, los campesinos, los pastores, las ovejas, los cerdos, las gallinas, los corrales, las caballerizas, las carretas llenas de heno, los bueyes, los aguadores cargados con cántaros, los perros y los gatos callejeros, y entre tanto, en medio de todo eso, Agnes, acunada por el traqueteo de la carroza, se quedó dormida, había bebido algo, recordó de pronto, en medio del sueño, sí, Edward, su futuro marido, el enmascarado, le había dado a beber algo, en una elegante copa de oro, en una elegante copa que parecía de oro, aunque quizá no fuera de oro, bebed, mi

lady, os sentará bien, había dicho el enmascarado misterioso, y ella había bebido porque era sumisa y obediente, había nacido sumisa y obediente y además le habían enseñado a ser sumisa y obediente, sí, se lo había bebido todo, recordó de pronto, mientras le invadía el sueño, por eso precisamente le invadía el sueño, la culpa la tenía el líquido contenido en la copa que era de oro o parecía de oro, acababa de darse cuenta de ese hecho, porque ella nunca en su vida había dormido de día, era incapaz de hacerlo y el traqueteo de la carroza no justificaba que ahora lo hiciese, además era un sueño profundo, absorbente, ante el que ella no podía resistirse, era un sueño paralizante, demoledor, como un batán golpeando sus pensamientos.

Dormid, mi lady, oyó en sueños que le decía Edward, su futuro marido, el enmascarado misterioso que decía ser escocés y quizá llegase de la otra parte del planeta o quizá hubiese salido de allí mismo, de allí al lado, mucho más cerca de ella de lo que daba a entender, porque toda su historia de la máscara era una sandez, una mamarrachada, un juego delirante y perverso que la arrastraba a ella fatalmente, porque lo cierto era que no se sentía capaz de resistirse a su embrujo, a su hechizo, no podía defenderse, ella era demasiado débil y vulnerable, había sido atrapada en una telaraña de la que extrañamente formaba parte su propio padre, porque en efecto Henry le había dado su beneplácito ante de la partida, les había dado a ambos sus parabienes, había aprobado su matrimonio, ese inverosímil enlace.

-¡Me estáis violando, Edward!

-Estoy desflorando, mi lady, que es diferente.

Todo ocurría en sueños, o no, ocurría en ese impotente limbo, en ese duermevela, a caballo entre la realidad y el sueño, a medio camino entre la vigilia y el sueño, porque estaba drogada, maldita pócima, maldito bebedizo que le había robado la voluntad y el corazón y el alma.

-¿Qué me habéis dado? ¿Qué estáis haciendo conmigo, mi lord?

-No os resistáis, mi lady, entregaros a mí.

-No podéis hacer esto.

-Puedo.

-No estamos casados.

-Lo estaremos.

-Debéis aguardar a la noche de bodas.

-¿Para qué aguardar? Tomo lo que es mío, lo que me pertenece, mi lady.

-¿Os pertenezco?

-¡Claro que me pertenecéis!

Resonaron las carcajadas de Edward, Agnes se sentía morir, miraba impotente su vestido blanco, su lindo y elegante vestido blanco, uno de sus preferidos, ese vestido que ya no podía cubrirla, que ya no podía tajarla, qué extraña sensación ver fragmentos de su desnudez delante de un hombre,

delante de un desconocido, delante del misterioso enmascarado.

-¡Sois tan hermosa, mi lady!

-¡Deteneos, mi lord, os lo ruego, os lo suplico, compadeceos de mí!

-¿Por qué habría de detenerme? ¿Por qué habría de compadecerme de vos? ¡Me pertenecéis por entero, mi lady! ¿Acaso lo habéis olvidado ya?

Agnes se ahoga en impotencia, lloraba, sentía sus lágrimas de impotencia abrasándole el pecho, corriéndole por el pecho y el cuello y las piernas, las lágrimas calientes de impotencia envolvían su cuerpo, qué pesadilla, qué podía hacer ella, pobre de ella, cómo defenderse, cómo proteger su virtud, su virginidad, su inocencia, cómo mantener incólume su lindo vestido blanco, su vestido preferido, que él le arrebatara para descubrir procazmente su desnudez, para forzarla y hacer de ella un muñeco de trapo.

-¡Sois tan hermosa, mi lady!

Vanas palabras, palabras huecas, contaban las intenciones, las acciones, no las palabras ni los halagos que a la hora de la verdad eran mentiras, ya no podría ser su amor romántico, ya no podría ser ella la protagonista de una novela romántica, adiós a la novela romántica, adiós a los sueños, adiós a su virtud y a su dignidad de mujer, Edward la estaba violando en una carroza, camino del infierno, porque eso era precisamente lo que le aguardaba, el infierno, la perdición, la ruina, luego no quedaría nada de ella misma, luego tendría que recomponer los fragmentos deslavazados de ella

misma para tratar de ser algo, habiéndolo perdido todo en un suspiro, en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Sois tan hermosa, mi lady, la más hermosa, a fe mía que lo sois, voto al cielo, qué muslos gloriosos y qué pechos gloriosos y qué trasero glorioso, sois una diosa del amor, mi lady, me volvéis loco, os amaría por toda la eternidad, por toda la eternidad moriría una y otra vez y volvería a renacer después haciéndoos el amor, mi lady!

-¡Dejadme, apartaos de mí, os lo ruego, no consiento, no consiento, no deseo entregarme a vos!

-Ya lo habéis hecho, mi lady, habéis consentido, os habéis entregado a mí. ¡Me pertenecéis por entero, hasta el más insignificante de vuestros suspiros me pertenece, mi lady, os haré mía ahora y mil veces, gozaré sin tasa de vuestros favores, de vuestro cuerpo escultural, de vuestra inocencia que ha dejado de serlo, de vuestra sumisión sin remisión, puesto que me debéis sumisión y acatamiento, bien lo sabéis, mi lady.

Agnes no se lo podía creer, no se podía creer lo que le estaba pasando, no se podía creer que ella fuese incapaz de negarse porque el maldito bebedizo se lo impedía, los brazos de Edward la aprisionaban, las manos de Edward recorrían sus hombros, su pecho, su vientre, su entrepierna, sus nalgas, sus muslos, qué voracidad, qué ansia, le hacía daño, le presionaba el cuerpo demasiado fuerte, se lo estaría dejando lleno de marcas, de cardenales,

qué dolor, por qué apretaría tan fuerte, le estrujaba los pechos y los muslos, qué terribles pellizcos en el trasero, por qué la mordía por todas partes, qué salvaje, le estaría dejando el cuerpo marcado con las marcas de sus mordeduras.

Y ella ni siquiera podía gritar...

Hasta ese derecho le había hurtado el encantador de serpientes.

-¡Edward, os odio!

Restallaron las carcajadas del encantador de serpientes.

-¿Qué diferencia hay entre el amor y el odio, mi lady?

-¡Os odio, os odio! ¡Alejaos de mí, dejadme en paz, os lo ordeno!

-¿Me lo ordenáis, decís? ¿Cómo vas vos a ordenarme nada, mi lady?

¿Acaso habéis olvidado ya que soy yo quien ordena y manda? A vos os corresponde obedecerme, mi lady, puesto que yo soy vuestro amo y señor y estoy en mi santo derecho de hacer con vos cuanto me plazca.

-¡Me habéis engañado y habéis engañado a mi padre! ¡Os denunciaré a la justicia! ¡Seréis juzgado por un tribunal y cumpliréis condena en prisión por forzar a una doncella y arrebatarse su virtud en contra de su voluntad!

Nuevas carcajadas, qué sonoras eran, cómo retumbaban en la caja de la carroza, qué ecos demenciales producían, se le metían en el cuerpo, esas carcajadas se burlaban de ella, era evidente, se burlaban de su impotencia, de su pequeñez, de su insignificancia femenina, quizá también le hubiese

convenido a ella llevar una máscara, como él y como todos los hombres, según él, qué falacia, no todos los hombres nacían con la máscara puesta, los príncipes azules de las novelas románticas no tenían máscara, claro que ella ya no podría aspirar a su amor puro e inmaculado nunca más, ella estaba descartado a partir de ahora para ser la heroína de la novela romántica con la que había soñado durante tanto tiempo.

-Quizá os engañé a vos, lo reconozco, mas no engañé a vuestro padre, os lo aseguro, mi lady, a él no, por el amor de Dios, él está bien al corriente de mis intenciones, siempre lo estuvo, él es partícipe de este arreglo entre nosotros, mi lady, y siendo como es vuestro padre está en su derecho de entregaros a mí porque me lo debe y está obligado a saldar su deuda conmigo.

-¿Os lo debe? ¿Por qué os lo debe?

-Eso no es asunto de vuestra incumbencia, mi lady, hacéis demasiadas preguntas y éstas es una mala costumbre femenina que he de corregir yo en lo sucesivo porque pretendo hacer de vos la clase de mujer que os merecéis ser.

-No sois escocés, ¿verdad? ¡No sois Señor de Glencairn y O'Groates!
¡Es mentira todo lo que me habéis contado!

-Todo lo que os he contado es mentira y al tiempo es verdad, mi lady.
¿Acaso habéis olvidado que los hombres tenemos dos caras? ¿Acaso habéis olvidado ya la máscara, aun teniéndola delante de vos, mi lady! ¡Miradme!
¿No la veis? ¿No veis la máscara que os contempla, a la cual habéis

sucumbido de la noche a la mañana, mi lady, aun siendo vos tan prudente, tan cabal, como dice vuestro padre, tan sensata y dócil y bien educada?

-¡Dejadme! ¡Apartaos de mí!

-¡Eso es del todo imposible, mi lady! ¿Para qué otra cosa estamos aquí los dos, vos y yo, en esta carroza, camino a ninguna parte, sino para ser los protagonistas de este baile de las máscaras? ¡Somos meros personajes de una voluntad superior que nos trasciende en esta magna obra de teatro que se representa día a día en el mundo, mi lady! ¡Debéis tomar conciencia de esa realidad y asumirla! ¡Doblegaos a los dictados del destino! Ofrecer resistencia va en contra de vuestra paz interior.

Agnes vio que había desaparecido su precioso vestido blanco, ahora en su lugar estaba su cuerpo, estaba ella desnuda, estaban sus pechos como melocotones y su vientre tenuemente abombado y el triángulo de pelo de su pubis, y sus muslos delgados que de niña le hacían sentirse acomplejada aunque le dijese que las piernas delgadas eran más elegantes y femeninas.

-¡Sois mi tesoro, mi lady!

Soy, soy... ¡Dios mío, ya no sé qué soy, que dios me ampare, que Dios me proteja!, se dijo Agnes, derrotada, desahuciada, vencida, enloquecida en su pasividad, ahogándose en el desaliento, porque ahora era una muñeca de trapo sin vida que Edward manejaba a placer, no tenía voz ni voto, no podía dar su opinión, daban igual sus gustos y preferencias, daba igual lo que ella era o

hubiese sido en el pasado, daba igual que su padre fuese el duque de Lovenport, daba igual Old House, daba igual todo, mierda, madre, Florence, pobre Florence, por qué me has abandonado, por qué dejaste de ser mi madre, por qué te entregaste a la enfermedad y la muerte, por qué has permitido que los hombres me hagan esto, que padre me traicione entregándome a los brazos de este hombre enfermo, de este loco maníaco, de este depravado, de este hombre sin moral ni principios, qué horror, qué sensación de acabamiento, ha muerto toda esperanza.

Agnes se sintió aterrorizada, habían terminado los besos y caricias, habían terminado los chupeteos y mordiscos y lametones que hacían inventario de su cuerpo, de todas las esquinas de su cuerpo, de todos los recodos, de los rincones secretos y de los que no eran secretos, todo eso había finalizado bruscamente para dar paso a otra cosa, ahora Edward estaba encima de ella, sentía el peso terrible de su cuerpo, un peso demoledor, que la aplastaba y le cortaba la respiración, una respiración ya difícil de por sí a causa del bebedizo, de la maldita pócima que le había robado la voluntad y el corazón y el alma y la dignidad.

-¡Me muerdo de ganas! ¡Me muerdo de ganas, mi lady! ¡Voy a desflorarte!
¡Voy a desflorarte, mi lady!

¿Qué decir? Ya no podía decir nada, estaba muda, paralizada, rígida, qué pánico, qué terror, nunca en su vida había tenido tanto miedo, ni en las

peores pesadillas, nunca en su vida lo había pasado tan mal, ni en sus peores pesadillas, Edward era la verdadera pesadilla, las pesadillas anteriores sólo habían sido un simulacro de pesadilla, un juego de niños, la pesadilla real, auténtica, estaba allí, encima de ella, aplastándola con su peso demoledor y devastador, ahogándola, anulándola, aniquilándola para que dejase de ser persona y dejase de ser mujer y luego fuese una pobre versión de sí misma, como le había ocurrido a Florence, su madre, la pobre Florence eternamente encamada.

El dolor fue violento, brusco, lacerante, brutal, bestial, estalló en su entrepierna, se clavó en su entrepierna, una espada, un punzón, un puñal, qué dolor ascendiéndole por todo el cuerpo, qué desgarró, me ha violado, ha entrado en mí, me ha penetrado, ya no soy pura, ya no soy virgen, ha metido su sexo en mi sexo, me ha forzado, lo consiguió, el dolor no desaparecía, no era una simple punzada, continuaban los desgarros, continuaba la sensación de romperse por dentro, Edward se movía como el loco que era, arriba y abajo, metiendo y sacando su sexo de ella, del sexo de ella, de mi sexo, pobre sexo mío vejado tan brutalmente y sin la menor consideración, a dónde voy yo ahora, dónde meterme, dónde esconderme de esta sucia realidad, Edward, endemoniado, seguía dale que te pego, arriba y abajo, adentro y afuera, en mil posturas, porque ella era una muñeca de trapo y él la manejaba a placer, a su antojo, para que adoptase las diferentes posturas, la ponía encima de él, a

horcajadas, sentadas, luego debajo de él, y hundía su boca en su sexo, el suyo, el de él, el sexo de sádico sátiro, y vuelta a empezar, qué gimnasia sexual, ella como muñeca de trapo insensible que se dejaba hacer, él como maestro de ceremonias y protagonista absoluto, sexo hasta la extenuación, entre salpicaduras de sangre, la sangre de su virgo, de su virtud, de su virginidad, de su inocencia, que había perdido para siempre y no regresaría nunca más.

Adella pensó, o intentó hacerlo, ahora, llegados a ese punto de su vida, incluso pensar le costaba, le costaba centrar el objetivo de sus pensamientos, sin dejarse llevar por la pesadumbre y la sensación de derrota y la sensación de perdición, porque lo cierto era que todo estaba perdido, o por lo menos lo había estado hasta hacía bien poco, hasta que apareció Harold con su pelo ensortijado y rubio y sus ojos claros de mirar romántico, el sacerdote joven y romántico, lleno de sensibilidad y sentimiento, que no parecía sacerdote, que nunca debería haberse metido a sacerdote porque quizá, seguramente, su destino era otro, era enamorarse de ella, casarse con ella y tener hijos con ella para formar junto a ella una hermosa familia, aunque Constance tuviese sus dudas al respecto.

-¿Sigues enamorada de él?

-Claro que sigo enamorada de él, como una tonta y como una loca, ¡hasta la rabadilla del corazón!

La abadía de Bolton había desaparecido, y el recuerdo de Jasper, del

viejo y obsceno Jasper que intentaba aprovecharse de ella y abusar sexualmente de ella, ¡viejo verde!, y había desaparecido Rowena, la abadesa, con su cara de palo y sus reconvenciones, y Rufina, la factótum del convento, y las otras monjas, las chismosas e intrigantes, y el cielo y el paisaje que desde allí se divisaba y el canto de los pájaros y los amaneceres y los atardeceres.

-Ahora sólo hay sitio para Harold en mi corazón.

-¿Ni siquiera hay sitio para mí?

Adella se rió con timidez.

-Bueno, para ti siempre habrá un sitio.

-Gracias.

-Tú siempre serás mi amiga, Constance.

-¿Has avanzado mucho?

-Nos miramos mucho durante las misas del domingo, ahora apenas percibo el olor de la cera derretida de las velas y los cánticos y los rezos y los iconos, toda esa atmósfera que antes me arrebatava tanto.

-¿Nada más?

-También nos tocamos.

-¿Os tocáis?

-En el confesionario, a través de la celosía.

-¿Cómo os podéis tocar a través de la celosía?

-Con los dedos.

-¿Hacéis manitas?

Adella volvió a reírse.

-No exactamente, simplemente nos tocamos los dedos, que es lo único que podemos tocarnos.

-Qué triste. ¿Toqueteos intencionados, sostenidos?

-No del todo, más bien toqueteos accidentales pero al mismo tiempo intencionados, aunque no todo lo sostenidos que nos gustaría a ambos.

-¿A él también?

-Eso creo.

-¿Y habéis hablado?

-¡Pues claro!

-¿De cosas vuestras, de vuestras cosas, más allá de la religión y los preceptos y todo eso?

-Sí, en la última confesión.

Adella evocó la conversación.

-Padre, os amo.

Silencio, qué silencio, Dios, cargado de reminiscencia y de significado, qué carraspeos de Harold, qué agitarse incómodo de su cuerpo al otro lado de la celosía, qué suspiros, virgencita, qué dudas y temores, qué indecisión y qué parálisis del cuerpo y el corazón.

-Eso es un pecado, hermana.

-¿Por qué?

-Porque estáis casada con Dios y no podéis amarme.

-Pues os amo, padre.

-También yo estoy casado con Dios, Adella.

Se le había escapado su nombre. ¿Voluntaria o involuntariamente? Era la primera vez que pronunciaba su nombre. ¿Cómo sabía su nombre? ¿Se había interesado en averiguarlo? Si era así significaba que ella le importaba. Había dejado de ser una simple hermana para él para transformarse en Adella, qué bendición, ese paso significaba muchas cosas, era el primer paso y al tiempo el paso definitivo, no podía significar otra cosa que una aceptación consciente.

Adella...

Qué bien sonaba ese nombre desleído por sus labios, por su voz cadenciosa, por su voz masculina y a la vez sensible y romántica y soñadora y delicada, por su alma generosa y noble, porque así era, el joven sacerdote Harold tenía un alma generosa y noble, ella lo sabía bien, era un digno hijo de Dios, un hombre de bien, Harold era todo corazón, todo sentimiento y también era idealista, él era de los que sueñan con cambiar el mundo, con hacerlo más justo, más habitable, más alegre y armonioso.

-Ambos podemos seguir casados con Dios y al tiempo casarnos entre nosotros, padre Harold, una cosa no quita la otra, no creo que Dios desaprobe nuestro amor, no tendría sentido, sería absurdo que desaprobe

nuestro amor.

Adella contuvo el aliento. Hubo una pausa larga. Más indecisión.

-¿Decís que me amáis, hermana?

-Desde la primera vez que os vi, padre.

Harold carraspeó repetidamente y no paraba de agitarse. ¡Cuánto daría por ver la expresión de su cara!

-¿Me amáis vos, padre Harold?

Ahora una descarga de suspiros. Aunque no veía su cara podía imaginársela. Veía sombras de su cara y con eso tenía bastante, veía fragmentos de su cara, retazos de su cara, como si la cara del joven y guapo y educado sacerdote Harold estuviese reflejada en un cristal cuarteado que fragmentaba su identidad.

¡Yo recompondré los fragmentos de tu identidad, Harold, y tú harás lo propio conmigo!, se dijo Adella, esperanzada.

Pero los suspiros, carraspeos y agitaciones corporales eran la única respuesta, por el momento.

-Eso es todo lo que hablamos, hija –le dijo Adella a su amiga Constance.

-¿Eso es todo? ¡No me lo puedo creer! ¿No añadió nada más?

-No, terminamos la confesión y punto.

-Vaya, qué triste. Pero él me ama. ¡Estoy segura!

Adella sentía una desconcertante revoltura interior, apretó la medallita de la Virgen y la medallita de Jesús, esas dos medallitas daban calor a su pecho y extendían el calor por su cuerpo, le caldeaban hasta el corazón, pero no caldeaban su mente, en su mente se atropellaban los pensamientos, el mundo era sucio, el mundo estaba contaminado, habían pasado muchas cosas últimamente...

Un día apareció *la mudita* y les dijo:

-Jasper no ha muerto.

Adella no conocía bien a *la mudita*, no sabía muchas cosas de ella, no sabía casi nada de ella, *la mudita* no hablaba nunca o hablaba muy poco, le gustaba estar callada, le gusta apretar sus labios finos, de alambre, y apretar sus manos finas y de alambre sobre el regazo, siempre pensativa, siempre abstraída, mirando fijamente a los patos y a los cisnes, mirando fijamente el vacío, un punto incierto del vacío, tan pequeña, tan recogida, tan replegada en sí misma, con su carita redonda, su platito de porcelana redondo e infantil, porque *la mudita* parecía una niña, tenía un cuerpecito de niña de apenas ocho o nueve años, y una expresión de susto que siempre estaba instalada en su carita redonda de porcelana.

-¿De modo que Jasper no ha muerto? –replicó Constance.

-No, está vivito y coleando –dijo *la mudita*, y a Adella le sorprendió que dijese tantas cosas seguidas, cuando antes apenas le había oído hablar.

-¿Y cómo lo sabes tú?

-Porque lo he visto.

-¿Dónde? ¿Cuándo?

Constance estaba pasmada.

-En una habitación.

-¡Anda, seguro que estás fabulando, pequeña!

La mudita denegó rotundamente con la cabeza y esbozó un gesto agraviado.

-¡No estoy fabulando! ¡El viejo Jasper no ha muerto, está vivito y coleando, y tan vivito y coleando!

Adella trató de imaginarse al viejo Jasper vivito y coleando. La verdad era que ese hombre siempre había estado vivito y coleando, aunque fuese un viejo verde, aunque por ser viejo sólo pudiese estar vivito pero no coleando...

-Anda, vamos a ver, enseñanoslo –dijo Constance, que era muy decidida.

Así que las tres hermanas recorrieron los largos corredores de la abadía de Bolton, tan rápido como les permitían sus largos y pesados hábitos, de paño basto y tosco, que dificultaban sus movimientos, entorpecían el movimiento de sus piernas, obligándoles a dar pasitos muy cortos y en ningún caso les permitían correr, aunque ardiesen en deseos de darse a la carrera para

desvelar un misterio, como en el momento presente.

-¡Ahí está el viejo Jasper! –dijo *la mudita*, en un tono triunfal, levantando sus bracitos de alambre, cuando llegaron ante la puerta al otro lado de la cual se suponía que estaba Jasper, el viejo verde vivito y coleando que antes era el sacerdote oficial de la abadía de Bolton.

-¿Llamamos a la puerta? –dijo Adella estúpidamente.

-¡No seas boba, hija! ¿Cómo vamos a llamar a la puerta? ¿Para poner sobre aviso al viejo Jasper? –replicó Constante-. Si es verdad que el viejo Jasper está allí dentro lo más seguro es que esté haciendo algo indecente, de manera que lo mejor que podemos hacer es sorprenderlo, no llamar a la puerta para que se apresure a tapar sus vergüenzas...

-Eso es verdad –aprobó al punto *la mudita*.

Así que optaron por abrir la puerta, sencillamente y en efecto, vieron al viejo Jasper, allí estaba el viejo Jasper, vivito y coleando, aunque todas las monjas del convento lo habían dado por muerto, porque eso les habían dicho, que estaba muerto, que había muerto de la noche a la mañana por una enfermedad muy grave y virulenta ante la que nada pudieron hacer los médicos, claro que el viejo Jasper, aunque ciertamente estaba vivito y coleando, como había dicho *la mudita*, en realidad no era tan viejo, se dijo Adella, se lo dijo ahora, viéndolo desnudo, en cueros, como Dios lo había traído al mundo, según se decía, era relativamente joven, tenía el cuerpo

relativamente fuerte y recio y joven, aunque su cara seca y arrugada dijese lo contrario, y aunque también dijese lo contrario sus cabellos lacios y canos, de lo contrario el viejo verde Jasper no podría hacer lo que estaba haciendo...

-Es increíble –dijo Constance en voz baja, para que el viejo Jasper no la oyese.

-Ya os lo dije yo, el viejo Jasper está vivito y coleando –dijo *la mudita*, también en voz baja, para que no la oyese el viejo sacerdote metido a gimnasta del sexo, porque eso era lo que estaba haciendo Jasper, sexo puro y duro.

-Nunca me imaginé que Kate pudiese hacer algo así con Jasper –dijo Adella.

Adella se refería a Katherine, la monja que estaba practicando sexo con Jasper. Katherine era la más escrupulosa de las hermanas, la más delicada y sofisticada, la más señorita, tenía muchas ínfulas, se las daba de muchas cosas, era muy presumida, era muy guapa, casi tanto como Adella, se las daba de guapa oficial del convento y se las daba de inteligente y culta y estudiada porque sabía tocar el órgano de la iglesia y el piano y sabía hacerlo todo bien, cosía y bordaba como los ángeles y hablaba muy bien y era muy educada y era la hija descarriada, por decirlo de alguna manera, de madame Montessier, que era una mujer muy famosa, condesa o baronesa, las compañeras de Katherine o Kate no lo tenían muy claro.

-Kate dice que antes de ser monja llevaba siempre vestidos suntuosos y de calidad –dijo Constance.

-De colores tenues –añadió *la mudita*.

-Te equivocas, su color preferido era el negro, querida.

-Me pregunto qué tipo de vestidos usaba.

-Pues está bien claro, hija, con cuello y mangas de encaje.

-¿Y se ponía joyas?

-Alguna se pondría, digo yo.

-¿Y su madre, la baronesa, la famosa madame Montessier?

-Madame Montessier es condesa, no baronesa.

-Bueno, da igual el título, yo te pregunto cómo viste?

Constante se encogió de hombros.

-Ella se decanta por los vestidos de satén y terciopelo.

A Adella le parecía mentira que Constance y *la mudita* tuviesen esa conversación a media voz mientras Katherine practicaba sexo con Jasper en el incómodo lecho de su celda conventual. ¿No era acaso absurdo? Claro que la vida era absurda en muchos sentidos, era extraña, surrealista, inexplicable, un enigma a veces, con frecuencia desalentador.

Adella decidió implicarse y participar en la conversación de las otras.

-Para acudir a un baile o a la ópera lo más conveniente es ponerse un traje que no sea tan llamativo, de una tela ligera, tal vez de seda -dijo.

-Una dama bien educada, de buena posición social, nunca debe mostrar los brazos y el cuello, eso es un signo de mala educación –replicó Constance, que sabía mucho de esas cosas porque en una época había coleccionado publicaciones que hablaban de esas cosas y gracias a esas publicaciones había aprendido a leer y escribir y había aprendido muchas cosas sobre las buenas costumbres de la alta sociedad.

-Llevar los brazos totalmente tapados quita sensualidad, lo mejor que cubrirlos con muselina, para insinuarlos.

-A muchas mujeres les preocupa el color.

-Claro, todo depende del momento. El color no se ve siempre igual. La luz determina la validez de un color u otro.

Ahora era *la mudita* quien atendía con sumo interés el intercambio de estocadas verbales entre Adella y Constance.

-Por eso un vestido bueno para el día no puede ser también bueno para la noche –volvió a la carga Constance.

-En efecto, la luz de gas que impera en los salones incide de una manera particular en el color del vestido –convino Adella.

La mudita intentó imaginarse a Jasper vestido como un caballero, todo de negro: chaleco, chaqueta, pantalones, con los guantes y la camisa blancos, como ébano y marfil, aunque quizá podía ponerse una nota de otro color en la corbata. ¿Qué color podía irle bien a la corbata? *La mudita* dejó de pensar en

Jasper por un instante y observó que Kate tenía un cuerpo muy bonito, ahora que estaba desnuda, como Jasper, podía verlo bien, era un cuerpo precioso, precioso, carnosito y bien torneado, así que Kate no era sólo una cara guapa y unos andares distinguidos.

-¡Dale, zorra, muévete! –exclamó Jasper, palmeando a Katherine en las nalgas.

Katherine estaba a cuatro patas sobre el jergón-camastro de la celda, en la posición de perrito, y Jasper estaba arrodillado detrás de ella, metiendo su pene en el sexo de Kate, lo metía y lo sacaba, porque era lo que debía hacer un hombre al copular. *La mudita* se dijo que Jasper tenía un miembro bastante largo, aunque era un poco demasiado fino para su gusto. A ella le daba igual que el pene del hombre no fuese muy largo, lo importante era que fuese grueso y también era importante que los testículos fuesen gruesos, a ella le excitaba mucho tocar los testículos gruesos.

-Madame Montessier es una mujer súper educada –dijo Constance-. Su círculo artístico es el más famoso de Londres.

-Te equivocas, el círculo artístico más famoso de Londres es el de la baronesa de Worms –la corrigió Adella.

-¿Y ésa quién es?

-Pues una mujer muy cultivada. La madre de Kate no le llega a la suela de los zapatos, entre otras cosas porque no trata adecuadamente a los

habituales de su círculo.

-¿En qué sentido?

-No respeta las normas de urbanidad, consideración y buena educación, como no soltar latinajos en presencia de personas que no entienden esas expresiones porque no han recibido la formación adecuada.

-¡Vaya bobada!

-Además madame Montessier no sabe respetar la etiqueta en la mesa.

-¿Por qué?

-Porque no come lentamente, se atraca de comida, como un animalito, es voraz, ansiosa, engulle los alimentos como una cerdita.

-¡Qué exagerada eres!

La mudita pensó que la conversación de sus compañeras no era muy apropiada para tenerla en un convento, claro que los que estaban haciendo Kate y Jasper en el lecho de la celda de Kate tampoco era muy apropiado para hacerlo en un convento, a *la mudita* la abadía de Bolton de pronto se le antojó falsa e impostada, todo es falso e impostado en la vida, filosofó, refugiándose en sus pensamientos, mientras Jasper jadeaba ruidosamente y Kate también jadeaba ruidosamente, poniendo cara de que le gustaba mucho lo que Jasper estaba haciendo con ella, poniendo una cara salvaje, de placer salvaje, como si la sofisticada y pretenciosa Katherine de pronto fuese una fierecilla salvaje, qué cosas tenía la vida, qué cambios, cuántas caras diferentes tenían las cosas

según el momento y el cristal con el que se mirasen, cuántas máscaras, por Dios, toda la vida y todo el mundo era una colosal mascarada, un desconcertante baile de máscaras.

La mudita había vuelto a refugiarse en el santuario de sus pensamientos, la vida era absurda, por eso ella no solía hablar mucho, la vida era un asco, todo era mentira, por eso ella se había metido a monja, aunque antes soñase con las novelas románticas, como todas las chicas, antes soñaba con los príncipes azules y los amores de color de rosa, pero había descubierto que todo eso era una patraña formidable y por eso se había dedicado a guardar silencio, mayormente, y a meterse a monja aunque maldita la gracia que le hiciese ser monja, por Dios, ella habría preferido mil veces ser la protagonista de una novela romántica, habría preferido mil veces enamorarse de un príncipe azul y ser correspondida y vivir un amor estupendo de color de rosa.

-Comer despacio es un signo de buena educación –insistió Adella-. Además madame Montessier, la madre de Kate, no trata con educación a los camareros cuando les sirven la cena, no les da las gracias, lo cual ha de hacerse en todo momento. Si te muestras despectivo con el servicio queda fatal, hija, porque demuestras a tus invitados tu mala condición.

-Ya... -dijo Constance, frotándose el mentón, pensativa, mientras contemplaba con repugnancia la cópula carnal entre Jasper y Katherine.

-Además madame Montessier no bebe con moderación. ¡Siempre

acaba sus veladas medio borracha! No tiene modales, te lo digo yo. Cuando se encuentra un pelo en el pan o una mosca en el té pone a parir a toda la servidumbre, con grandes alaridos, y eso queda fatal, porque según las normas de urbanidad y cortesía si uno se encuentra un pelo en el pan o una mosca en el té lo correcto es apartar el pelo y la mosca sin decir ni pío, para que los demás comensales no se percaten del percance.

-Ya –dijo Constance, absorta en la escena amorosa.

-Madame Montessier está llena de malas costumbres.

-Dime más –dijo Constance, que las estaba anotando todas en su mente para luego transcribirla, porque tenía la intención de escribir un tratado sobre esas cuestiones, le hacía ilusión ser ella quien escribiera aunque sólo fuese un pequeño artículo para que lo publicasen en las publicaciones que le habían servido para aprender a leer y escribir, abandonando su condición de analfabeta.

-Madame Montessier llama leche a la leche y eso es un error garrafal.

Constance hizo una mueca de pasmo.

-¿Por qué, cómo ha de llamarse a la leche si se llama leche?

-En los círculos de la alta sociedad a la leche no se la llama leche, sino crema, querida.

-Pues qué cosa más ridícula, la leche no es crema, es leche y así ha de llamarse, digo yo.

-Bueno, en la alta sociedad hay muchas cosas ridículas o cuestionables, yo me limito a constatar hechos, las normas están ahí, por reprobables que seas, y si te precias de seguirlas, como es el caso de madame Montessier has de seguirlas, digo yo.

-¿Te sabes más modales malos de madame Montessier?

-Claro, tiene la mala costumbre de dejar en la bandeja el último trozo de tarta y también deja en la cesta del pan la última rebanada de pan.

-¿Eso es de mala educación?

-Pues claro, hay que comérselo todo, hasta la última miga.

-Vaya, y yo creyendo lo contrario.

A la mudita le agradó que Jasper y Katherine hubiesen cambiado de postura, no le gustaba ver a Kate a cuatro patas, en la postura de perrito, era una postura de sumisión, a ella no le gustaban las posturas de sumisión, ella aspiraba a la igualdad entre el hombre y la mujer, también en el sexo, aunque sabía que era una pretensión absurda, como todas las cosas de la vida, lo correcto y adecuado y aconsejable era en realidad aceptar el absurdo de la vida, todos los despropósitos que contenía la vida, y conformarse con el papel que a una le había tocado en suerte, ya fuese de perrita faldera o de jarrón o de perrita sexual o de perrita doméstica, que eran los papeles que podía elegir la mujer hoy en día, en esa época de reyes y reinas y condesas y baronesas y vizcondes y damas y caballeros y salones y carrozas y mentiras de todos los

colores.

-¡Me gusta follarte así, zorra! –dijo Jasper.

Katherine no dijo nada, se limitaba a jadear, parecía pasárselo muy bien, disfrutar mucho, y estaba muy concentrada en lo que ella y Jasper estaban haciendo, ahora Jasper estaba tumbado bocarriba y ella estaba encima de él, ligeramente inclinada, con los pechos colgando sobre el pecho de Jasper, ahora era ella quien se movía arriba y abajo para que el miembro de Jasper entrase y saliese de su sexo, aunque sin salir del todo, dejando siempre un trozo de la punta dentro, frotando bien el sexo de Kate para que ella sintiese mucho placer, qué cuerpo tan bonito tenía Kate, qué elástico y bien perfilado, sus formas eran curvilíneas y tenían volumen, en una combinación perfecta, aunque quizá, para su gusto, sus pechos eran demasiado grandes, aunque al parecer a Jasper le gustaban así, porque no paraba de estrujarlos con sus manazas y de chuparlos y morderlos.

-Cuéntame más modales malos de madame Montessier, anda –dijo Constance pensando en su lista.

Adella suspiró.

-¡Tiene tantos! Por ejemplo sorbe la sopa ruidosamente.

-¡Qué horror! –exclamó Constance, que sabía perfectamente que sorber la sopa ruidosamente era de pésimo gusto porque lo había leído en las publicaciones que le habían enseñado a leer y escribir en medio de su destino

de pérdida.

-Y cuando come cerezas nunca sabe qué hacer con los huesos.

-¿Qué debe hacerse con los huesos de las cerezas?

-Hay muchas teorías al respecto, pero la más extendida y comúnmente aceptada nos dice que los huesos de las cerezas deben ser pulcramente depositados en el plato donde vienen servidas las cerezas, justo en el centro del plato, formando un montoncito, y cuanto más regular sea el montoncito, mejor.

-¿Qué quieres decir con regula?

-También respecto al montoncito hay muchas teorías. La más extendida y comúnmente aceptada nos dice que el montoncito de los huesos de cereza ha de tener una forma cónica o piramidal y que su ubicación en el plato ha de hallarse emplaza en el centro exacto del plato, el centro neurálgico, por así decir.

-¡Qué absurdidad! ¿Y se puede saber qué hace madame Montessier con los huesos de cereza?

-Bueno, ella, aunque los pone en el plato donde vienen servidas las cerezas, nunca hace el preceptivo montoncito, sino que despliega los huesos por el plato, componiendo una especie de jeroglíficos, a veces caritas, figuras de animales, iniciales de personas, números, etcétera.

-Comprendo –dijo Constance, anotando mentalmente aquellas

indicaciones.

-¡Joder, qué polvo! –exclamó Jasper, sintiendo el orgasmo, que era explosivo y le hacía retorcerse como una culebra, también Katherine se retorcía como una culebra porque también ella estaba sintiendo en ese preciso instante el orgasmo, que en su caso parecía aún más explosivo y virulento, porque Kate arañaba y golpeaba a Jasper y además le soltaba toda suerte de imprecaciones soeces, luego los amantes se quedaron tan tranquilos en el jergón-camastro de la celda conventual de Kate, ella encima de él, porque no cabían los dos en el monacal lecho, respirando afanosamente, muy relajados después de las vehementes efusiones sexuales.

-Bueno, será mejor que nos vayamos para no molestarlos ahora que están tan relajaditos –dijo Adella, y las tres monjas mironas se marcharon cerrando la puerta con cuidado.

Continuará...